

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MAS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

LO SOBRENATURAL, EL MILAGRO Y EL MISTICISMO

El excepticismo, producto ordinario de la crítica filosófica, debe sobre todo su origen á la falsa interpretación de las palabras.

Herbert Spencer.—PRIMEROS PRINCIPIOS.

Las cosas más vulgares, aquellas que, por así decirlo, hemos nacido conociéndolas, suelen demandarnos mayores esfuerzos, cuando para comprenderlas las sometemos al análisis, que las cosas nuevas que se nos presentan en el curso de la vida y que vienen como envueltas en un aura de dificultad. Pero generalmente no nos detenemos á penetrar el verdadero significado de esas cosas que nos son familiares, porque aunque lo ignoremos, alucinados por la costumbre de verlas, creemos siempre conocerlo. Habitados á interpretar esos fenómenos de una cierta manera, nunca se nos ocurre pensar que la significación que les atribuimos, muchas veces infundadamente, pudiera no ser la que en realidad les corresponde, y por eso son á menudo esos hechos vulgares, tomados sin exámen, premisas obligadas de razonamientos erróneos y de falsas teorías.

Y esto se observa principalmente en las palabras. Podemos á menudo dar una explicación minuciosa y una definición precisa de voces rara vez usadas y de una significación relativamente elevada y suele sernos muy difícil hacer otro tanto con respecto á algunas palabras que á cada momento pronunciamos.

Es que entre esas palabras vulgares, á las cuales nos sentimos siempre inclinados á considerar como la expresión de una idea clara y sencilla, hay algunas que tienen una significación oscura y complicada. El hombre del pueblo, que es el autor anónimo de todas esas voces que pertenecen al lenguaje común, dá cabida fácilmente, en sus juicios, á elementos que los falsean, por su naturaleza emotiva ó pasional. Otras veces los razonamientos son in-

completos, ya por no haberse considerado más que una parte de la cuestión que se examina, tomándola por el todo, ya por haberlos detenido, en el curso de las inducciones y de las deducciones, antes de su natural terminación. En ambos casos—razonamientos incompletos ó razonamientos falsos—las conclusiones son las mismas, ideas embrionarias ó cosas que no son ideas, porque en cuanto se las interroga un poco ya se contradicen á sí mismas, pero que buscan siempre cuerpos para encarnarse, palabras que se propagan luego aceleradamente, merced á la superficialidad de los hombres, como impulsadas por una fuerza de error.

* * *

«Sobrenatural», «milagro» y «misticismo», son expresiones de esta naturaleza.

¿Qué es lo sobrenatural?—Según la estructura de la palabra, es lo que está por encima de lo natural. No es lo extraño, lo que rara vez se presenta; es lo que á más de ser raro, sale del marco de la naturaleza. No llamamos sobrenatural á un eclipse, á una lluvia de estrellas ó á un terremoto, porque estos fenómenos, aunque sólo se producen muy de tarde en tarde, han sido cuidadosamente estudiados y se ha llegado á descubrir las causas que los originan y á formular las leyes que los rigen.

Hay otros fenómenos que permanecen aún inexplicados y que sin embargo no incluimos en la categoría de los hechos sobrenaturales. Es que estos fenómenos, de los cuales no se ha podido todavía determinar con exactitud las causas y las leyes, nacen de entre las cosas conocidas de la ciencia y tienen con ellas relaciones, estrechas ó lejanas, pero siempre suficientes para acreditar, podría decirse, su consanguinidad.

Pero hay otros hechos, tales como la levitación, la telepatía, las materializaciones, que nacen de lo desconocido y ni siquiera se les conoce relaciones con las cosas entre las cuales estamos acostumbrados á vivir. Estos hechos pertenecen al mundo de lo sobrenatural.

Como se ve por esto, no es lo sobrenatural un mundo incorpóreo de arquetipos ó de ideas, sino, por lo contrario, un mundo tangible, de realidades, en el sentido vulgar de esta palabra, aunque tan diferente del nuestro, que sus seres no tienen derecho de inscribirse en el padrón de la naturaleza.

Y de lo sobrenatural nace el milagro. El milagro está en abierta oposición con las leyes conocidas; es una violación de las mismas. El fakir que en unos cuantos minutos hace florecer una rama, produce un milagro para los creyentes indios. Jesús cami-

completos, ya por no haberse considerado más que una parte de la cuestión que se examina, tomándola por el todo, ya por haberlos detenido, en el curso de las inducciones y de las deducciones, antes de su natural terminación. En ambos casos—razonamientos incompletos ó razonamientos falsos—las conclusiones son las mismas, ideas embrionarias ó cosas que no son ideas, porque en cuanto se las interroga un poco ya se contradicen á sí mismas, pero que buscan siempre cuerpos para encarnarse, palabras que se propagan luego aceleradamente, merced á la superficialidad de los hombres, como impulsadas por una fuerza de error.

* * *

«Sobrenatural», «milagro» y «misticismo», son expresiones de esta naturaleza.

¿Qué es lo sobrenatural?—Según la estructura de la palabra, es lo que está por encima de lo natural. No es lo extraño, lo que rara vez se presenta; es lo que á más de ser raro, sale del marco de la naturaleza. No llamamos sobrenatural á un eclipse, á una lluvia de estrellas ó á un terremoto, porque estos fenómenos, aunque sólo se producen muy de tarde en tarde, han sido cuidadosamente estudiados y se ha llegado á descubrir las causas que los originan y á formular las leyes que los rigen.

Hay otros fenómenos que permanecen aún inexplicados y que sin embargo no incluimos en la categoría de los hechos sobrenaturales. Es que estos fenómenos, de los cuales no se ha podido todavía determinar con exactitud las causas y las leyes, nacen de entre las cosas conocidas de la ciencia y tienen con ellas relaciones, estrechas ó lejanas, pero siempre suficientes para acreditar, podría decirse, su consanguinidad.

Pero hay otros hechos, tales como la levitación, la telepatía, las materializaciones, que nacen de lo desconocido y ni siquiera se les conoce relaciones con las cosas entre las cuales estamos acostumbrados á vivir. Estos hechos pertenecen al mundo de lo sobrenatural.

Como se ve por esto, no es lo sobrenatural un mundo incorpóreo de arquetipos ó de ideas, sino, por lo contrario, un mundo tangible, de realidades, en el sentido vulgar de esta palabra, aunque tan diferente del nuestro, que sus seres no tienen derecho de inscribirse en el padrón de la naturaleza.

Y de lo sobrenatural nace el milagro. El milagro está en abierta oposición con las leyes conocidas; es una violación de las mismas. El fakir que en unos cuantos minutos hace florecer una rama, produce un milagro para los creyentes indios. Jesús cami-

nando sobre las aguas del lago de Tiberiades hace también un milagro.

La mágia es el arte de obtener la ayuda de los seres sobrenaturales, por medio de oraciones, pases y otras mil ceremonias, para realizar los milagros.

Pero ¿existe ese mundo de fantasmas y prodigios? En occidente la negativa es general; se le considera como engendro de calenturientas imaginaciones. Sin embargo, nunca falta uno que otro rezagado que no participando en esto de la opinión reinante, afirme tener la certeza de la existencia de ese mundo, cuando no también el poseer conocimientos positivos acerca de las cosas y seres que lo forman. Estos que así dicen, depositarios de la superstición y de la ignorancia, son los místicos.

Los psiquiatras luego, estudiando las enfermedades de la psiquis humana, hacen del misticismo una forma de locura. La debilidad del sistema nervioso, unida al desarrollo anormal de ciertos centros del mismo, es la base física de la enfermedad. Incapaces estos degenerados de fijar la atención sobre las cuestiones que examinan con la intensidad necesaria para comprenderlas, están caracterizados por la obscuridad de sus pensamientos. La asociación mecánica de las ideas, sin una voluntad que la dirija, reuniendo las cosas más dispares en unos mismos razonamientos, les hace pensar en relaciones extrañas y misteriosas entre las cosas, y les arrastra hácia lo sobrenatural. Unase á esto una cenestesia ó conciencia orgánica demasiado vívida que les mantiene poco menos que cautivos en las intimidades de su yo, y se explicará su egoismo, que es otro de sus caractéres. Débiles de voluntad, son también esclavos de sus pasiones y de sus apetitos.

* * *

Antes de pasar á ocuparnos con más detenimiento de lo que se llama sobrenatural para determinar, de acuerdo con las enseñanzas teosóficas, el significado que debe darse á esta palabra, conviene poner de manifiesto la gran contradicción que ella encierra, cuando se la toma tal como la entiende el vulgo. En efecto; si existen otros mundos diferentes del nuestro; ellos pertenecen al inmenso reino de la naturaleza, y sus seres y enseres, por más extraña que sea la forma en que se nos manifiesten y por más desconocidos que nos sean, son cosas naturales. Si no existen tales mundos y sólo son creaciones de febricantes fantasías, serán ficticios, imaginarios, todo lo que se quiera, pero nunca sobrenaturales.

Otro tanto puede decirse de los milagros. Si la naturaleza está

regida por leyes, estas deben ser inmutables, inexorables, siempre activas, puesto que de otro modo ya no son leyes. En este caso, pues, el milagro es de todo punto imposible; y no cabe una palabra para designar una cosa que no existe. Si no hay leyes, y es solo el acaso ó el cambiante capricho de una deidad veleidosa lo que gobierna el mundo, tampoco es posible el milagro, puesto que faltan las leyes que deben infringirse para que él exista.

* * *

Examinando ahora esta cuestión desde otro punto de vista, pronto advertimos que muchos de los hechos á los cuales se les calificaba de sobrenaturales en los tiempos pasados, son, en los nuestros, aún para las gentes incultas, no digo para los sabios, cosas de lo más natural. Tal ha sucedido con la aparición de los cometas, cargada de presagios para los pueblos antiguos; tal con el *serab* engañoso del desierto, consecuencia necesaria de las leyes ópticas conocidas, según la explicación de Monge, unánimemente aceptada; pudiendo decirse otro tanto de los espejismos de Nápoles, atribuidos antes á la fata Morgana, y de mil otros fenómenos más.

Sucede con estos hechos algo semejante á lo que con algunos organismos, que sindicados por un naturalista, en atención á alguna de sus particularidades, como pertenecientes á tal ó cual especie, para otro que los estudia de una manera más completa, morfológica y fisiológicamente, son de una, no sólo distinta de la primera, sino lejana, de diferente género, y á veces hasta del reino animal, si vegetal era aquella, ó vice-versa. Pero el error de clasificación, disculpable en el caso de las ciencias naturales, no lo es en el nuestro, una vez demostrado que «lo natural» es la única especie que existe y la única que puede concebirse. De modo, pues, que siempre que, calificándole de sobrenatural, se nos muestre un hecho extraño que las ciencias no conocen ni explican, considerémosle como á un igual, como á un hermano, por así decirlo, de los hechos conocidos, nunca como á un extranatura; pensemos que pertenece á una región inexplorada todavía de la naturaleza, pero que, tarde ó temprano, ha de caer bajo el dominio de la inteligencia humana.

Por otra parte, todos los hechos, en el universo, se ligan los unos con los otros en series interminables de causas y de efectos, y mantienen entre ellos relaciones tales, que permiten, al que las conoce, anunciar con anterioridad su producción, cuando no también producirlos á voluntad.

Cuando estas relaciones, ya por el atraso intelectual de un pueblo ó por otra causa cualquiera, no sólo son ignoradas de las multitu-

des, sino que éstas ni siquiera sospechan su existencia, los que las utilizan, para predecir ó para producir fenómenos, aparecen á los ojos de aquellas como taumatúrgos. Podría citar muchos ejemplos para probar esta afirmación. Me contentaré, sin embargo, con recordar solamente el eclipse anunciado por Colón á los indios de Jamaica, y que éstos consideraron como un milagro producido por aquél.

Esto basta y sobra para demostrarnos que no debemos considerar á los milagros como violaciones de las leyes naturales, sino como resultados de otras leyes, naturales siempre, pero que aun nos son ignoradas.

Se dirá tal vez que esta interpretación puede convenir á algunos hechos que antes eran y hoy son todavía denominados milagros por el vulgo, porque no se les ha podido explicar de una manera satisfactoria, aunque sí comprobarse que no están en contradicción con las leyes científicas; pero que de ningún modo es aceptable para otros que están en tal oposición con aquellas, que lo único que cabe es rechazarlos, á menos que se pretenda que las cosas por descubrirse, si éstas existen, son rivales en guerra perpétua con las ya descubiertas, en vez de ser solidarias con ellas, como debemos suponer.

Y este espíritu de negación predomina desgraciadamente en nuestros días. Digo desgraciadamente, porque si la duda suele ser benéfica para la ciencia, porque nos conduce á la investigación y al estudio, tan fecunda como ella sea, así es de estéril la negación vacía, verdadero suicidio de la mente, que nos aleja de la naturaleza, única fuente de la verdad.

Desconfiamos, por otra parte, de esas oposiciones, que suelen ser aparentes, presentándose entre hechos perfectamente compatibles y hasta entre algunos íntimamente relacionados. Las faunas y las floras que han poblado la superficie del globo, distintas en las diferentes edades geológicas, eran un argumento en contra de la teoría genealógica de Lamarck; pero un estudio más profundo de la filogenia y sobre todo de la ontogenia de los organismos, la convierte en uno de sus fundamentos. La ley de Karma y la ley de la herencia, tan en contradicción á primera vista, son para el teósofo que las estudia con detención, causa y efecto, respectivamente.

No neguemos, pues, esos hechos calificados de milagrosos; estudiémoslos más bien. Tal vez muchos de ellos sean obra de la imaginación de los pueblos; pero quizás algunos vengan como heraldos de un mundo de seres y de fuerzas incógnitas, y que dirigidas por la inteligencia, quién sabe qué transformaciones prodi-

giosas están llamadas á producir con el tiempo, en las industrias humanas.

Bien sé que estas previsiones han de repugnar á muchos espíritus estrechos que viven apegados á la gleba, sin escalar nunca las alturas desde donde es posible divisar los horizontes lejanos. Recuerden esos, que la electricidad, vibrando gloriosamente en el seno infinito del éter, ha permanecido, sin embargo, ignorada hasta hace poco tiempo. Hoy ella nos explica el poder de los imanes, la naturaleza del rayo, la de las auroras boreales y tantos otros fenómenos más. Cada día mejor conocida, sus aplicaciones á las artes se multiplican tanto, que ya decimos, previendo la influencia poderosa que ha de tener en la centuria que empieza,—este será el siglo de la electricidad!

Pero los sabios no necesitan recordar nada de esto. Habiendo medido la longitud y la frecuencia de las ondas etéricas, se interrogan á menudo sobre la naturaleza de ciertas vibraciones que están interpoladas entre las que constituyen las fuerzas conocidas, y cuyos efectos no han sido descubiertos aún. Por eso muchos de ellos—Wallace, Crookes, De Rochas y otros—observan cuidadosamente los hechos llamados sobrenaturales, tratando de descubrir las causas que los producen y las leyes que los rigen.

El teosofista toma parte también en esta empresa de investigación. Pero los métodos de estudio que emplea, distintos de los que hoy están en boga, son los mismos de que se servían los sacerdotes de los templos antiguos, que según lo demuestran estudios históricos de mérito indiscutible, tales como los de Elena Petrovna Blavastky, Eliphas Levy, Estanislao de Guaita y otros, conocían muy bien ese mundo de los sobrenaturales, al extremo de constituir con sus observaciones todo un conjunto de ciencias—las ciencias sagradas ú ocultas,—entre las cuales se contaba la magia.

Para el estudiante de la ciencia teosófica, no es, pues, la magia un conjunto de prácticas groseras, sino, por el contrario, una ciencia sublime, la parte más elevada de la física, que pone en manos del que la conoce fuerzas poderosísimas.

* * *

Con estos antecedentes, sólo me resta ahora poner de manifiesto la gran diferencia que existe entre el misticismo de la Psiquiatría y el misticismo filosófico.

Punto es este de la mayor importancia, si se tiene en cuenta que las doctrinas teosóficas constituyen un sistema de filosofía

mística, circunstancia que pudiera ser explotada por críticos de mala fé ó ignorantes para presentarlas como incongruencias de mentes desequilibradas, tratando de erigirse en escuela para justificar la incapacidad y la inercia, verdadera amenaza para la humanidad.

Y no es todo. Los sistemas místicos, dado su carácter eminentemente cosmológico, puesto que abarcan todo el inmenso conjunto del universo, considerándolo en sus diferentes aspectos y en las diversas faces de su evolución, basan gran parte de sus teorías en ese mundo desconocido para las ciencias oficiales, pero no para los antiguos hierofantes, que son los creadores de aquellas,—y que los pueblos llaman sobrenatural. De aquí que muchos contemporáneos, juzgando de afuera, es decir, sin conocer el misticismo filosófico ó conociendo, de tercera ó cuarta mano, alguna de sus conclusiones, y fuertemente sugestionados por ideas preconcebidas, se resistan á ver en él, á pesar de toda su grandeza, otra cosa que sueños de imaginaciones enfermas, sin sospechar, por cierto, que sus doctrinas están edificadas sobre una experimentación rigurosa por la más lógica de las inducciones.

Nada mejor, en este caso, para desvirtuar todos esos cargos gratuitos á los sistemas místicos, y por consiguiente á la Teosofía, tronco común de todos ellos, que esbozar, siquiera sea rápidamente, ya que no es posible presentar el cuadro completo de sus doctrinas, lo que en aquellos se refiere al perfeccionamiento individual.

El desarrollo corporal, por medio del trabajo y de la gimnasia, unido á una higiene rigurosa, como antecedente necesario para la adquisición y conservación de la salud, debe ser objeto de las primeras atenciones. Luego hay que atender al desenvolvimiento de la voluntad, lo cual se consigue por el ejercicio continuo de vencerse á sí mismo, domeñando las pasiones y los apetitos, aunque reemplazándolos, si desempeñan algún papel importante, por la noción imperativa de otros tantos deberes, y matando hasta el último resto de egoísmo para sustituirlo por el altruismo y el amor. Finalmente, debe también cuidarse de la inteligencia, educando la atención, es decir, acrecentando el poder de dirigir los pensamientos, por medio de la meditación diaria.

La adquisición de estas condiciones, que son, una por una, diametralmente opuestas á los rasgos característicos de la degeneración mística, y que bastan por sí solas para presentar al misticismo como la filosofía del esfuerzo, constituye la primera etapa del perfeccionamiento individual.

Con esta base, y sólo con ella, puede recién empezarse á desa-

EL OBJETO FUNDAMENTAL DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA (1)

¿Qué es la Sociedad Teosófica? ¿Cuál es su rol en la evolución? ¿Qué servicios pretende hacer á la humanidad? ¿Qué ventajas ofrece á sus miembros?

He ahí las preguntas que se hacen de todas partes y á las cuales vamos á tratar de dar hoy una respuesta.

Es muy importante comprender en qué consiste esta sociedad, así como saber el gran honor que es formar parte de ella; honor que puede considerarse como una prenda acordada por el Karma por nobles aspiraciones que se hubieran tenido en vidas precedentes ó por servicios que se hubieran hecho á la humanidad.

Para mí, el entrar en la Sociedad Teosófica, ha sido el más grande honor y la mayor alegría de mi vida, y no me he arrepentido jamás de formar parte en sus filas, durante estos últimos once años; lo que sólo siento es no haber ingresado mucho antes, no poderme regocijar de ser un miembro más antiguo de ella.

Si estudiáis la historia atentamente, descubriréis que hay en ella una ley de evolución, y por el estudio de esta ley, encontraréis que cuando la humanidad está á punto de dar un paso hácia adelante, y que una nueva civilización empieza á surgir, esa marcha de la humanidad en tal sentido, es siempre precedida de una impulsión espiritual; la marcha de la espiritualidad precede siempre á la de la civilización.

Semejante impulsión del reino espiritual, proviene de la gran Logia de esos Maestros, de quienes se oye hablar de tiempo en tiempo y quienes se manifiestan por intervalos; Logia que,—formada de hombres que se han hecho perfectos, de hombres divinos, que han cumplido su evolución, llamados en la India los *divanmuktas*, ó sea hombres que han alcanzado su libertad,—es el guardián espiritual de la humanidad; la evolución de la raza está entre sus manos, ella dirige la corriente de los asuntos humanos; preside á la evolución de las almas; funda las religiones; dá al mundo todas las grandes filosofías, todas las ciencias, cuando ellas son verdaderas como filosofías y como ciencias; y es de ella de la que provienen todas esas verdades.

(1) Discurso pronunciado en París en el Congreso Teosófico Internacional celebrado en 1900 y leído en la Rama «Ananda» por su traductor *Lob-Nor*.

Como preparación á una nueva civilización, ó cuando una nueva raza ó una nueva sub-raza va á nacer, esa Logia provoca siempre un movimiento espiritual que debe preceder á ese movimiento nacional, á esta nueva raza ó sub-raza.

Acabo de decir que si queréis leer la historia, encontraréis en ella esta gran ley. Recordemos por un instante á las grandes civilizaciones del mundo antiguo, y también á esta raza de la cual somos una de las ramas.

Cuando esta quinta raza, como la denominamos nosotros, vino al mundo, cuando su primera familia en las Indias vino á traernos una nueva civilización, llegó allí con una religión, movimiento espiritual que se ha encarnado en la religión llamada bramánica-indúe. Está religión ha dado el molde á la civilización indúe, le ha dado todas esas instituciones que han hecho la grandeza de la India, del antiguo mundo. Ha fundado su sistema político y su sistema social. El Manú que la instituyó, ha sido el rey y el legislador de ese pueblo, y los grandes Richis de la antigüedad han dirigido igualmente la nación, social y políticamente. Así pues, en la India no se puede poner en duda ese hecho de que la religión ha dominado la civilización.

El mismo fenómeno se encuentra entre las otras naciones de la antigüedad, en Caldea, como en Persia, donde también una nueva religión precedió á la nación del porvenir, pues la gran religión de Zoroastro, sirvió de modelo á la civilización persa. Si estudiáis la historia de la Grecia y la de Roma, encontraréis en ella el mismo fenómeno; allá también se realizó de igual manera un gran movimiento religioso cuyo profeta fué Orfeo, de quien se dice hoy que es un mito, pero quien fué, por el contrario, uno de los Maestros de la humanidad, y dió su religión á la Grecia y después á Roma.

Si se contempla la civilización más moderna de la Europa, de nuestro Occidente, se constata que la religión cristiana ha venido al mundo antes de que esta civilización estuviese fundada, y es necesario decirlo sin ambages, vino con el objeto de predecir esta civilización. La civilización romana tocaba á su fin, una nueva iba á nacer y una nueva religión vino á anunciarla al mundo. Vemos pues, que por todas partes, el nacimiento de una civilización de una raza ó sub-raza es precedido por un movimiento espiritual.

En este momento, nos encontramos en medio de un gran movimiento espiritual, cuyo símbolo es la Sociedad Teosófica;—no digo que todo el movimiento esté comprendido en esta Sociedad, pues no sería exacto,—pero sí, que ella es el símbolo, el corazón de ese movimiento.

Cuando nació dicha Sociedad, reinaba el materialismo; en to-

des los países del Occidente, los sabios, los hombres ilustrados, eran materialistas, no porque así se declararan, pero sí porque la idea materialista se hallaba triunfante en todo, hasta en la misma religión. Es cierto que los símbolos religiosos existían todavía, pero no tenían vida, las ceremonias tenían lugar, pero no tenían alma; esas ceremonias se repetían todos los días, esos símbolos estaban grabados en los muros, en los vidrios de las iglesias, pero el pueblo tenía más religión en los labios que en el corazón, su religión no era sino una fórmula vacía.

El primer trabajo de la Sociedad Teosófica al nacer, ha consistido en llevar su ayuda a las religiones de la tierra, no á tal ó cual religión, sino á todas, pues en el Oriente como en el Occidente, la religión se encontraba dormida, estaba casi muerta. El induismo, el buddhismo, el zoroastrismo, se habían vuelto ininteligibles para sus hijos, y se hacían materialistas. A consecuencia de la educación occidental, los mismos orientales perdían su fé.

Han transcurrido veinte y cinco años desde que esta Sociedad fué fundada en América, pero en este corto lapso de tiempo; ¡Cuánto cambio en las ideas y en los pensamientos de los hombres!

Hoy por todas partes el misticismo empieza á revivir en el corazón humano; ideas cada vez más espiritualistas se esparcen entre las naciones; en todas partes se encuentra ya gentes ilustradas que han rechazado el materialismo, porque esta filosofía materialista, no responde á las interrogaciones que sugiere el problema de la vida, porque ella no puede explicar el mental del hombre, su inteligencia, sus ideas, en una palabra: su vida.

Durante estos últimos veinte y cuatro años, se ha trabajado mucho por las grandes ideas religiosas y se vé por todas partes el fruto de esos trabajos.

¿Qué significa, pues, ese trabajo, ese éxito de nuestra Sociedad? Significa que la humanidad va á dar todavía un paso adelante; quiere decir que una nueva civilización va á venir á la Tierra, y sí, en la antigüedad, encontramos siempre que un movimiento espiritual precede á una nueva civilización, apliquemos esta lección de la historia al tiempo presente. Estamos en frente de un movimiento espiritual, pues busquemos el nuevo paso hacia adelante que va á dar la humanidad en el porvenir. La primera cosa que tenemos que comprender, es que nos hallamos ante una nueva civilización que todavía no se muestra completamente, pero cuyo nacimiento podemos predecir, porque el movimiento espiritual tiene lugar en este mismo momento.

¿Podemos predecir el carácter de esta nueva civilización? Sí, ciertamente. Las religiones que han sido fundadas en el pasado,

Y cuando llegamos á la religión cristiana dada también á nuestra quinta raza, es decir: á hombres que tenían por deber evolutivo el desarrollar esa inteligencia tan separativa, tan individual, encontramos todavía en ella una religión en la cual la individualidad juega un rol importante, en la cual el hombre está, por decirlo así, aislado de los demás, bajo el punto de vista religioso, siempre con el fin de desarrollar esa inteligencia que debe rigurosamente hacerse pura, lúcida, clarividente, con el fin de que se efectúe la evolución humana.

La humanidad camina siempre hacia adelante; la quinta sub-raza se acerca á su fin, y es absolutamente necesario desarrollar la sexta; en medio de esta civilización en competencia é individual, es preciso hacer germinar el grano de una nueva civilización, desarrollar el gérmen de la idea nueva: la unión y no ya la separación.

El sexto principio del hombre no es la inteligencia, es lo que se llama Buddhi, es decir: el amor y la sabiduría que unen. Ese principio, es pues el amor, y en el amor se encuentra: la unión pero no la separación, la emoción que une, pero no la inteligencia que separa; y en esa sub-raza, es necesario desarrollar la idea de la unidad humana, de la fraternidad, de la solidaridad; es preciso desenvolver esta idea de que las razas son *una*, que ellas no son diversas, que el espíritu es *uno*, aunque sus formas sean diferentes; que el hombre difiere del hombre por la forma que es el vehículo del espíritu, pero que la vida es *una* entre todas las razas, entre todas las naciones, entre todos los individuos.

Es así como en la evolución, toda cosa está bien en su lugar: es así como esta civilización tan guerrera, tan combatidora, está también bien en su lugar. Todos esos combates, todas esas guerras son necesarias para la evolución de la humanidad; sólo las formas perecen, la vida marcha siempre hacia adelante; los cadáveres cubren la tierra, pero la idea triunfa siempre; si se destruyen las formas, las ideas se elevan sin cesar hacia el porvenir.

Por consiguiente, todas las guerras que tienen lugar, todas las dificultades que asaltan los corazones de los hombres, todos esos dolores, todos esos sufrimientos de la humanidad tienen también su lugar en la evolución, pues ellos trabajan para el porvenir. Durante ese tiempo, en medio á esta civilización de lucha, se siembran los gérmenes de la civilización del porvenir, y esos gérmenes tienen por suelo ese movimiento espiritual del que he hablado, esa impulsión que ha dado nacimiento á la Sociedad Teosófica, cuyo primer objeto es la fraternidad humana. . . . esa fraternidad que no reconoce diferencias de raza, de color, de sexo, de religión, pero la cual proclama la unidad; esa fraternidad

humana que forma el solo vínculo por el cual estamos unidos los unos á los otros. He ahí el objeto principal de la Sociedad Teosófica; ella es el postillón de la humanidad, al afirmar esa idea de solidaridad que será la base de la civilización del porvenir.

La Sociedad Teosófica, proclama pues, en el mundo, que va á hacer una nueva civilización; proclama que una nueva sub-raza va á nacer en la tierra, y que, en este mismo momento, esta raza ha empezado á nacer entre nosotros, ó más bien, esta sub-raza que precede á la raza-madre, en la humanidad. Esa gran raza-madre, la sexta raza, ó raza-raíz, como lo enseña la Teosofía, empieza en este mismo momento á aparecer en el horizonte humano, y la Sociedad Teosófica es su precursor.

He ahí por qué es un honor tan grande el ser miembro de esta Sociedad; siéndolo, somos los *pionniers* del porvenir, se trabaja por la humanidad futura, se echan las bases, se arrojan los cimientos de ésta; en realidad, se trabaja para el porvenir y no para el presente.

Es preciso comprender bien esta idea. Si procediéramos teniendo en cuenta los tiempos actuales, pediríamos un éxito inmediato, pero no somos obreros para el presente y podemos muy bien esperar el éxito; nos consideramos satisfechos si la humanidad del porvenir consigue el éxito en vista del cual trabajamos hoy; no buscamos ese éxito para nosotros, sino para aquellos que ocuparán nuestro lugar en el porvenir... ó aun para nosotros, si lo queréis, porque volveremos más tarde á recoger las flores cuyas semillas sembramos hoy. Pero no es un éxito inmediato lo que necesitamos, y es esta una enseñanza muy importante, porque nos enseña á tener paciencia, y en vez de coger los frutos antes de estar maduros, nos lleva á esperar pacientemente la cosecha. Podemos muy bien esperar que esa hora de la que acabo de hablar suene en el reloj del porvenir; no estamos apurados, sabiendo perfectamente que el hombre verdadero, el hombre real está en lo eterno, y no en el presente, en el pasado ó en el porvenir. Existe siempre: está aquí. Para este hombre, que vive en lo eterno, el porvenir y el presente son una misma cosa, desde que el porvenir existe en el presente, como el pasado también; el presente no es otra cosa que una línea que separa el porvenir del pasado, línea que desaparece en el momento mismo en que hablamos de él... línea en ese instante ya muy lejos de nosotros.

¿Por qué, pues, buscaríamos entonces un éxito momentáneo? Lo que queremos es un éxito del Todo, para todos. Así podremos trabajar en paz.

Si vemos de tiempo en tiempo que sufre reveses la Sociedad,

¿qué prueba esto?... es en las pruebas donde las fuerzas de la humanidad adquieren mayor energía, y, sin esas pruebas, seríamos siempre niños y no hombres. Todas las fuerzas que luchan contra la humanidad, no hacen más que desarrollar su energía. Sin esos peligros, sin esas dificultades, sin esos obstáculos que debemos vencer, seríamos siempre débiles. ¿Creen ustedes que las fuerzas que luchan contra nosotros luchan también contra Dios? No! no hay fuerza en el universo que no sea la fuerza de Dios. Dios es la única vida, la única fuerza, la única energía en su universo, y esas fuerzas que llaman el mal, son también fuerzas que le pertenecen, fuerzas que luchan en apariencia contra la humanidad, pero sólo para provocar en ella la reacción de energía, la lucha... á fin de que crezcan por la energía y por la lucha.

He ahí cómo es necesario encarar lo que se llama el mal; este no existe en realidad sino en apariencia. Son necesarias las luchas á fin de que la humanidad se haga fuerte; sin luchas, no hay fuerza, y los males contra los cuales combatimos son nuestros amigos salvadores, ó mejor dicho, todo lo que tiene la apariencia del mal no es otra cosa que el bien oculto bajo un velò. Es Dios que se oculta por un momento con el fin de hacer crecer la fuerza en sus hijos: la humanidad.

Alguna vez, en las historias antiguas de la humanidad, leemos lo que llaman mitos, leyendas, según las cuales los dioses han venido á la tierra para luchar contra aquellos que más amaban; los dioses entraban en lucha contra sus hijos bien amados, pero era sólo para ejercer las fuerzas de esos hijos y hacer hombres de ellos. Son mitos, se dice... Sin embargo, los mitos son las verdades de la evolución, las más grandes verdades de la humanidad, y siempre, donde encontréis el mito, buscad la verdad que se oculta en él. Los mitos son mucho más reales que la historia.

En consecuencia, cuando la Sociedad Teosófica está obligada á luchar, es con el único fin de que sus fuerzas se desarrollen; es necesario que no crezca demasiado pronto, pues si esto fuera así, sus fuerzas disminuirían. Un niño que crece con demasiada rapidez, se vuelve débil á causa de esta rapidez de crecimiento; no es así como la Sociedad debe crecer. Me gustan las sacudidas violentas á las cuales puede estar expuesta, pues esas sacudidas rechazan de su seno á aquellos que no poseen una fuerza de alma bastante desarrollada para permanecer en ella, cuando los peligros la amenazan. Es excelente para la Sociedad experimentar esas sacudidas, rechazar por el momento á las almas débiles, incapaces de quedar en ella, porque la fuerza de esas almas no está suficientemente desarrollada. Esas almas volverán á ella en el porvenir: por el mo-

mento no son bastante fuertes y es mejor que se vayan para volver después.

Pero entonces, ¿cuál será para esta Sociedad la base de la civilización futura, la marca característica de que he hablado, la unidad?

Dando una impulsión espiritual, la gran Logia, por la primera vez en la evolución humana, no habrá dado religión. Nuestros corazones deben detenerse ante este pensamiento: ¿por qué no tenemos una nueva religión acompañando á ese movimiento profundamente espiritual? Es porque no se quiere ya mantener separados á los hombres, sino, por el contrario, unirlos. Si los Maestros dieran una vez más una religión, sería esto un nuevo muro de separación entre los hombres, que colocaría á los creyentes de un lado y á los incrédulos del otro. No hay incrédulos, no hay heréticos, para nosotros. ¿Qué es la herejía? un nuevo método de ver la verdad, he ahí todo; para los teósofos, para quienes todas las religiones son verdaderas, para quienes todas poseen la misma verdad fundamental, no hay herejía. Para nosotros, hay la religión, y no una religión; por consiguiente, no decimos nunca á los hombres: «Dejad vuestra religión y entrad en esta otra; sois cristianos, haceos budhistas ó indúes; sois budhistas, haceos cristianos; sois indúes, es necesario que os hagáis budhistas»; jamás empleamos semejante lenguaje. «Sois cristianos», decimos, «permaneced tales, pero cristianos espiritualistas y místicos.» Separaos, agregamos, de las supersticiones, que son el resultado de la ignorancia, y de ningún modo de la religión misma. Separaos de los abusos que han nacido con el tiempo; separaos de los dogmas demasiado rígidos para dar la verdad, que es espiritualista; pero permaneced cristianos. Vuestro Karma os ha hecho nacer en el cristianismo; no os hagáis indúes ó budhistas; no abracéis ninguna otra religión; sois cristianos, quedaos cristianos, pero haced investigaciones profundas en vuestra religión; encontrad la base de ella, encontrad sus cimientos; no os contentéis con permanecer en la superficie.

He ahí lo que dice la Teosofía; ella repite las mismas palabras á las demás naciones, á las demás religiones de la tierra; trabajamos entre los indúes, por la religión indúe; entre los budhistas trabajamos por el budhismo; entre los cristianos trabajamos por el cristianismo.

Para nosotros todas las religiones son buenas, divinas; no queremos excitar las unas contra las otras; sólo deseamos hacerlas más grandes, más vastas, más espiritualistas, más verdaderamente religiosas, en una palabra, á fin de que ellas reconozcan la base de cada una como una base común de todas: el amor de Dios y el amor de la humanidad.

Es ese, pues, un hecho único en la historia del mundo: un movimiento que no es sectario, sino profundamente religioso; que no hace proselitismo, y que dice á todos: «Permaneced donde estáis, pero hacéos mejores», y, cuando un miembro de la Sociedad Teosófica encuentre en la teosofía una luz destellante que ilumine todas las cuestiones religiosas, ya sea cristiano, indúe ó budhista, lo que nada hace al caso, le es necesario dirigirse solamente á las personas que pertenecen á su culto, á fin de ayudarlos á hacerse más espiritualistas.

A nosotros, que ante todo somos teósofos, y que tal vez pertenecemos á una ú otra religión, nos es algunas veces muy difícil hacer oír nuestra palabra en las iglesias de las diversas religiones. Los ortodoxos, no quieren venir á escucharnos, porque para ellos somos herejes. A los que son bastante liberales entre ellos como para ser teósofos es á quienes corresponde ir á las iglesias para ayudar á sus correligionarios á discernir la verdad de una manera teosófica, es á ellos á quienes incumbe la tarea de sembrar por todas partes el gérmen de verdad, pero sin nombrarla, pues la verdad es una, y los nombres son diversos.

Lo que es importante para el mundo, es la difusión de las ideas teosóficas, los términos importan poco. Que se hable de Atma Buddi ó del Espíritu, de Sthula Sharira ó del cuerpo físico, poco importa. Nos es completamente indiferente que no se nos comprenda cuando empleamos términos indúes, si somos comprendidos cuando empleamos el lenguaje ordinario. Sólo las ideas tienen una importancia extrema, los nombres son muy poca cosa, y, si tenéis amigos cristianos muy ortodoxos, no citéis los nombres, preocupaos sólo de las ideas.

Si como miembro de la Sociedad, conocéis esas verdades universales y encontráis á un amigo ortodoxo que tiene horror á esos nombres indúes, budhistas ó bramánicos, servíos de nombres cristianos que tienen exactamente el mismo significado, y podréis entonces iluminar el mental de vuestro hermano y ayudarlo.

En las Iglesias, esas ideas empiezan á florecer; conozco sacerdotes de la iglesia anglicana que predicán sobre las ideas teosóficas y por ello me considero feliz. Poco me importa que rechacen la teosofía si proclaman las ideas de ésta; y cuando alguno de mis amigos, sacerdote, predica sobre la reencarnación, me encuentro satisfecha, aun cuando rechace la teosofía, porque esas ideas proclamadas en una iglesia anglicana constituyen un verdadero paso hácia adelante, dado por la religión. Nos contentamos, en cuanto á nosotros, con sembrar las ideas en el mental humano, otros pueden buscar la gloria de cosecharlas.

He explicado así el movimiento espiritualista, su deber hacia el mundo, su lugar en la evolución; pero para los que son miembros de la Sociedad Teosófica, tengo que agregar todavía una palabra. Después de haber expuesto los deberes de nuestra Sociedad en el mundo, me falta explicar lo que ella debe á sus miembros, y hélo aquí: ella les abre ese antiguo sendero de la Iniciación que ha sido cerrado para generaciones enteras. Contemplad, en este momento, ya sea á los indios, á los buddhistas ó á los países cristianos, y encontraréis en ellos, por todas partes, santos ó místicos; pero no encontraréis los misterios de la antigüedad, las escuelas de ocultismo; esos santos están aislados, esos místicos lo están también, no forman parte del mundo del ocultismo, ni de aquellos que pueden guiar á la humanidad para hacerla evolucionar más rápidamente.

He ahí todavía, una enseñanza de la Sociedad Teosófica: ella dice á sus miembros, por medio de la palabra de un Maestro: «Cuando os habéis hecho miembros de la Sociedad, se ha establecido un vínculo entre vosotros y la gran Logia de los Maestros, un vínculo magnético, pero real, que podéis hacerlo más fuerte ó más débil: depende de vosotros el hacerlo útil á la Evolución. Si trabajáis por los hombres, si, con pensamientos puros y bellos, tratáis de desarrollar en vosotros todas las virtudes humanas, como todas las virtudes sociales, que son necesarias á la evolución del hombre; si sois puros y buenos, si demostráis amor y dedicación, si no sois egoistas y no buscáis las enseñanzas para vuestra propia satisfacción, pero sólo con el fin de difundirlas entre los demás, entonces podréis estrechar ese vínculo que se ha establecido entre vosotros y la gran Logia; y ese vínculo se volverá una cuerda que os elevará de punto en punto, á fin de guiaros hasta los piés de esos Maestros de la Sabiduría que han cumplido la evolución humana». En resúmen, por la primera vez, y gracias á la Sociedad, se abre el sendero que nos conduce á los Maestros!

Tal es, pues, el valor de la Sociedad Teosófica, respecto de sus miembros. Ella no les dice: «Es necesario marchar por este camino; es necesario apresurar vuestra evolución; es preciso ir adelante, pero sí les dice: «Podéis hacer exactamente lo que queráis; sois libres de proceder como mejor os parezca, pero la puerta está abierta; aquél que golpee puede entrar».

Estas antiguas palabras de un Maestro, palabras que dicen que la puerta se abrirá ante aquéllos que llamen, son verdaderas hoy todavía. Ellas han sido verdaderas cuando *Él* las ha pronunciado, han sido verdaderas para un individuo de tiempo en tiempo, durante los siglos que han transcurrido, desde que los misterios de

Jesús en el Occidente han desaparecido de la tierra cristiana. Hoy la Sociedad Teosófica proclama que los misterios existen como han existido en la antigüedad, y que el comienzo del sendero se encuentra en su seno. Ella dice que se puede marchar en ese sendero si se está pronto á hacer los sacrificios exigidos de todos aquéllos que quieren seguirlo. Los antiguos votos existen todavía; las antiguas pruebas existen también; pero el sendero está cerrado á aquéllos que son perezosos ó débiles, y está abierto únicamente para los que son fuertes, para los que tienen valor, paciencia, resignación; para los que quieren darlo todo y que aún consienten en el sacrificio de su vida por obtener la vida eterna.

Las condiciones son las mismas hoy que en el pasado. Si se quiere encontrar la vida verdadera, es necesario dar la vida transitoria, no se puede poseer ambas á la vez, no se puede vivir en los dos mundos: es preciso sacrificar el uno para heredar el otro.

El sendero está, pues, abierto desde ahora para todos aquéllos cuyas manos están llenas de las ofrendas que se exigen en la entrada. La vía les está abierta, la vía que conduce á los Maestros. Que los que deseen seguirla.... se adelanten!

ANNIE BESANT.

LOS DOMADORES DEL FUEGO

Ninguno, entre aquellos que han vivido en la India y penetrado un poco en su vida interna, puede negar que ella sea una extraña comarca.

La corriente vital es allí de una tranquilidad encantadora, y aún en medio de la agitación de una multitud de dos millones de almas reunidas para un gran festival,—y no es difícil encontrar tales masas humanas en aquel país,—se puede sentir una impresión tan grande de quietud, impresión que no nos presenta en Francia la más pacífica de nuestras pequeñas ciudades.

Los Indios son, ante las calamidades como ante la muerte, de una calma increíble, heroica, pues una fé viva los sostiene. No

creen que Dios sea un padre caprichoso que deja á las fuerzas de la naturaleza ó á la locura humana atormentar sin razón á sus hijos, ni un autócrata que forma almas nobles y puras al mismo tiempo que almas ininteligentes y degradadas, y dá á esas criaturas ya tan arbitrariamente dotadas, cuerpos negros, amarillos ó blancos, grandes ó pequeños, hermosos ó feos, para separarlos finalmente después de la muerte en categorías tan injustamente retribuidas.

Ellos dicen que el alma es una chispa de Dios, un gérmen divino que contiene en potencialidad todas las posibilidades; que la encarnación de esa chispa en forma y medios diferentes, despierta esas potencialidades y las transforma progresivamente en sentidos y facultades; que estas facultades se elevan gradualmente hasta que la divinidad latente haya llegado á ser divinidad manifestada, hasta que el hombre, consciente de su origen y de sus destinos, haya llegado á ser un centro capaz de conservar eternamente, en el seno del Ser supremo que es su fuente, su vida y su fin, la individualidad que penosamente ha adquirido en el curso de su larga evolución.

Una vida y un cuerpo no bastan, añaden, para realizar ese magnífico desenvolvimiento; innumerables existencias son necesarias, y en el curso de esas encarnaciones múltiples, la Ley,—Dios,—distribuye á cada uno el producto de sus actos pasados, es decir lo que generalmente se llama la felicidad ó la desgracia.

Cuando el hambre ó la peste estallan, el Indio se resigna, seguro de que la Fuerza de Dios está en obra, de que sus golpes serán la ejecución de los decretos de su justicia, y de qué, por el dolor, su bondad vuelve á llamar á las almas al deber. Cuando la muerte golpea á su puerta la mira sin terror; considera que ha llegado la libertadora y va á desembarazarlo por un tiempo de la pesada envoltura de la carne.

La paz mental que resulta de esas creencias está impresa sobre todas las fisonomías, y si, como los más adelantados psicólogos europeos hoy lo suponen, las vibraciones del pensamiento son capaces de ajitar el éter y propagarse á lo lejos, se podrá quizás encontrar en esa quietud mental del pueblo una explicación á la calma sorprendente de la atmósfera psíquica y física del Indostán.

Otra característica del Indio es el amor de *Iswara* (Dios) y de los dioses menores que son sus ministros y forman una inmensa gerarquía que gobierna los mundos, dá sus cualidades á los elementos, y su energía á los modos diversos de la materia.

creen que Dios sea un padre caprichoso que deja á las fuerzas de la naturaleza ó á la locura humana atormentar sin razón á sus hijos, ni un autócrata que forma almas nobles y puras al mismo tiempo que almas ininteligentes y degradadas, y dá á esas criaturas ya tan arbitrariamente dotadas, cuerpos negros, amarillos ó blancos, grandes ó pequeños, hermosos ó feos, para separarlos finalmente después de la muerte en categorías tan injustamente retribuidas.

Ellos dicen que el alma es una chispa de Dios, un gérmen divino que contiene en potencialidad todas las posibilidades; que la encarnación de esa chispa en forma y medios diferentes, despierta esas potencialidades y las transforma progresivamente en sentidos y facultades; que estas facultades se elevan gradualmente hasta que la divinidad latente haya llegado á ser divinidad manifestada, hasta que el hombre, consciente de su origen y de sus destinos, haya llegado á ser un centro capaz de conservar eternamente, en el seno del Ser supremo que es su fuente, su vida y su fin, la individualidad que penosamente ha adquirido en el curso de su larga evolución.

Una vida y un cuerpo no bastan, añaden, para realizar ese magnífico desenvolvimiento; innumerables existencias son necesarias, y en el curso de esas encarnaciones múltiples, la Ley,—Dios,—distribuye á cada uno el producto de sus actos pasados, es decir lo que generalmente se llama la felicidad ó la desgracia.

Cuando el hambre ó la peste estallan, el Indio se resigna, seguro de que la Fuerza de Dios está en obra, de que sus golpes serán la ejecución de los decretos de su justicia, y de qué, por el dolor, su bondad vuelve á llamar á las almas al deber. Cuando la muerte golpea á su puerta la mira sin terror; considera que ha llegado la libertadora y va á desembarazarlo por un tiempo de la pesada envoltura de la carne.

La paz mental que resulta de esas creencias está impresa sobre todas las fisonomías, y si, como los más adelantados psicólogos europeos hoy lo suponen, las vibraciones del pensamiento son capaces de agitar el éter y propagarse á lo lejos, se podrá quizás encontrar en esa quietud mental del pueblo una explicación á la calma sorprendente de la atmósfera psíquica y física del Indostán.

Otra característica del Indio es el amor de *Iswara* (Dios) y de los dioses menores que son sus ministros y forman una inmensa gerarquía que gobierna los mundos, dá sus cualidades á los elementos, y su energía á los modos diversos de la materia.

Es por eso que él personifica esos elementos y rinde homenaje á la divinidad particular que los anima. Así, cuando piensa en el Ganges, sueña sobretodo en «Ganga», la diosa tutelar que bendice sus aguas y les dá la cualidad purificante que le atribuyen los libros sagrados del país,—y cosa curiosa, un sabio muy conocido, el Dr. E. H. Hankin, bacteriólogo del gobierno en Allahabad, ha reconocido en esas aguas una inexplicable propiedad destructiva de los bacilos del cólera, habiendo sido las investigaciones de aquél publicadas en uno de los números del *Nineteenth Century* de fin de 1896 ó 1897 y esparcidas por todo el país en forma de folleto, por cuenta del gobierno inglés. La fé y la devoción por esas divinidades son intensas y repetidos prodigios las mantienen en el corazón de las poblaciones. Esto nos conduce al sujeto de que vamos á ocuparnos.

El fuego, al cual el dios Agni dá sus propiedades, puede, dicen los Indios, perder su destructor poder por la intervención benévola de otro dios,—*Virabhadra*. Cualquiera que pueda ser el valor de esta explicación, el hecho siguiente, del cual ha sido testigo el que esto escribe, quien lo expone con toda la precisión y toda la sinceridad de que es capaz, admirará á más de un lector y le hará preguntarse en qué reside ese extraño poder de ciertos hombres sobre las fuerzas de la naturaleza.

El caso ha ocurrido en Benarés—la—Santa, *Kashi*, el 26 de octubre último (1898). Un rico vaisha (comerciante) universalmente conocido y respetado en la ciudad, M. Govinda Das, deseoso de probar una vez más su gratitud hácia la Sociedad Teosófica que ha dado un inmenso impulso á lo que los diarios del país llaman el Renacimiento indio, había rogado al gran sacerdote agregado al palacio del Maharajá hiciese ver á los miembros de esta Sociedad, reunidos en esos momentos en su convención anual, el fenómeno de la dominación del fuego.

Una fosa rectangular de 9 metros de largo por 2 de ancho y 75 centímetros de profundidad, fué cavada en un extremo del vasto jardín de la ciudad de Gopel Lal (Orderey Bazar), sitio de la Convención. Una quincena de troncos de árboles ardían allí desde las dos de la tarde y esparcían al rededor de la hoguera un calor intenso. Hácia las siete y media p. m., los grandes carbones encendidos fueron quebrados bajo los golpes de largos y enormes bambúes, formándose de ese modo un lecho regular de brazas ardientes, que tenía 5 metros de largo, 2 de ancho y 20 centímetros de profundidad poco más ó menos.

A las ocho, todo estaba pronto. Una multitud de 2.000 personas aproximadamente rodeaba la fosa, pues el ruido del fenómeno ha-

bia corrido y la invasión al jardín no pudo ser impedida. Cierta número de invitados, entre los que se encontraba el autor de esta referencia, había sido colocado en una eminencia del suelo, á tres metros de la excavación, y podía examinar cómodamente lo que iba á acontecer.

Bien pronto vimos agitarse á la multitud, haciéndose oír algunos gritos; era que una pequeña procesión se adelantaba, precedida de un indio vestido de blanco, adornado con un turbante y blandiendo una especie de bastón de mando algo semejante al de los tambores-mayores. Seguíanlo dos turiferarios, conduciendo cada uno un canastillo rodeado de minúsculas banderas rojas y verdes, del centro de las cuales se escapaba una llama bastante viva; algunos portautorchas los escoltaban. Dos hombres se hacían notar sobre todo, pues se agitaban convulsivamente en medio del cortejo, lanzando gritos de poseídos. Por fin, apareció un santuario de paredes vitradas, llevado por tres individuos, en el interior del cual se podía ver tres imágenes, algunas planchas con inscripciones, dos espadas en cruz colocadas verticalmente en el medio de la faz posterior y diversos pequeños objetos que no pudimos identificar. El brahma cerraba el cortejo.

La procesión se detuvo á algunos pasos de la hoguera; el sacerdote se colocó á la izquierda de esta, se sentó y empezó los encantamientos que debían producir el fenómeno, pero el ruido ocasionado por la multitud no dejó llegar ningún sonido á nuestro oído. El maestro de ceremonias, situado delante del enorme brasero, comenzó á agitarse pronunciando á intervalos regulares algunas sílabas breves á las cuales la procesión respondía enérgicamente con ciertas palabras, mientras los dos energúmenos continuaban sus contorsiones de crisiacos aullando como si se les llevase á la muerte. En un momento dado, se entregó á cada uno de ellos una de las espadas del santuario y se arrojó al suelo algunas nueces de coco, sobre las que aquéllos se precipitaron con furor rompiéndolas á hachazos. La procesión dió después dos veces la vuelta á la hoguera, y roció muchas el fuego con agua consagrada. Por último, una de las nueces de coco, mutilada, fué lanzada en el brasero: esa fué la señal.

El más agitado de los crisiacos se precipitó inmediatamente sobre las brasas, blandiendo su espada y dando gritos terribles; atravesó rápidamente la fosa, seguido de cerca por su camarada, y pasaron y volvieron á pasar sobre ella, horriblemente agitados. Uno de ellos—el primero—llegó á hacerse peligroso, se le desarmó y con trabajo cuatro hombres lograron contenerlo. Cierta número de los asistentes se lanzaron á su vez en el fuego—una cincuentena poco más ó menos—y lo atravesaron repetidas veces, notándose entre ellos, hombres del pueblo, niños y algunos indios de elevada educación.

Los unos corrían con rapidéz; otro se detuvo un instante en medio de las brasas, hundiendo su mano entre los carbones, y después de coger un puñado de ellos lo llevó al extremo opuesto del foso. Un tercero salió con un carbón inflamado, del tamaño de un pequeño huevo de gallina, pegado á su pantorrilla y conversó durante seis ó siete segundos con los asistentes sin sentirse molestado, hasta que se le advirtió del hecho y se desembarazó de aquél.

Los niños sobre todo mostrábanse contentos; pasando y repasando orgullosamente por esa hornalla sus piés respetados por el fuego. En fin, la procesión se retiró y el brahma dejó aquel sitio. Algunas personas continuaron, sin embargo, atravesando la hoguera, pero bien pronto todo quedó concluido; pues, según dicen, después de la partida del sacerdote y del santuario, el «encanto» cesa rápidamente y el fuego vuelve á adquirir su imperio. Algunos indígenas llenaron entonces con carbones ardiendo los recipientes que llevaron para ello y fueron á proceder al cocimiento de sus alimentos con un fuego que consideraban sagrado.

Para juzgar entonces del calor de la hornalla, descendimos hasta sus bordes, viéndonos obligados á dar vuelta la cara y dejar en seguida el sitio, siéndonos difícil soportar aquél. Algunas señoras, colocadas sobre el montículo desde donde presenciábamos el fenómeno, experimentaron tal impresión de calor en la cara que tuvieron que hacerse una pantalla con sus pequeños tapados. Tratamos de empezar una investigación de los hechos y de examinar los resultados, pero nos fué imposible obtener muchos datos, porque la mayor parte de los experimentadores se habían mezclado ya con la turba.

Sin embargo, examinamos la planta de los piés de M. Govinda Das, hombre instruído (bachiller (B. A.) de la universidad de Allahabad) y de perfecta educación. Le habíamos visto atravesar dos veces el brasero; la primera rápidamente, la segunda con bastante lentitud. La planta de sus piés era suave y la epidermis, cuidadosamente inspeccionada, estaba intacta. Una segunda persona examinada, nos presentó el mismo hecho: la planta de los piés suave é intacta. Habiéndose retirado la concurrencia no pudimos continuar nuestras informaciones, pero al día siguiente, á las 8, volvimos á los mismos lugares. Los carbones estaban reducidos á cenizas muy calientes cuyo resplandor podía claramente ser percibido á más de dos metros de la fosa. Una decena de indígenas se calentaban allí. La noche fué fría: aparentemente 15° centígrados á las 8 de la noche, 18° al sol á las 8 de la mañana, y 10° á lo más á media noche.

Nos dirigimos de allí á la ciudad de Gopal-Lal.

Entre los delegados de las diversas ramas de la Sociedad Teo-

sófica, algunos habían atravesado por el fuego, y todos ellos eran hombres instruidos, muy inteligentes y de buena fé. La planta de sus piés era fina, delicada como la de todos los indios que se calzan. Uno de ellos (licenciado (M. A.) de la universidad de Calcuta), estaba absolutamente indemne, como igualmente un segundo, (bachiller de la de Allahabad). De los cuatro restantes que pasaron por la misma prueba después de la partida del brahma, el primero ofrecía en la parte media de la planta una superficie de un centímetro cuadrado un poco obscura, estando la primera capa de la epidermis levantada; el segundo y el tercero presentaban una quemadura, algo más importante, pero también muy superficial, del tamaño del dedo pequeño, uno en la parte interna del dedo grande del pié izquierdo, el otro en la planta; por fin, el cuarto,—que fué la última persona que penetró en la hoguera,—esperó dos ó tres minutos para hacerlo después de la partida de la procesión y atravesó aquella cinco ó seis veces á pasos contados. Debajo de las extremidades de los dedos de uno de los piés, se le apercibía algunas ampollitas, apenas de un centímetro cuadrado de extensión, como si se le hubiesen aplicado pequeños vejigatorios. En el otro pié no tenía nada. En ambos, la piel de las superficies plantares era delicada. Las quemaduras mencionadas quedaron curadas al día siguiente:

Hemos omitido agregar que todos los que atravesaron la fosa estaban descalzos.

La sensación experimentada mientras ejecutaban la prueba, fué según manifestación de aquellos á quienes interrogamos, semejante á la que se tiene cuando se camina sobre arena fina y moderadamente caliente. Uno de los experimentadores notó que la sensación de calor era mayor delante de la fosa que en medio de la misma.

Al día siguiente el brahma dijo á M. Govinda Das, que el control del fuego no había sido tan completo como de costumbre porque las imágenes del santuario habían sido tocadas por mahometanos y por otras diversas personas de la concurrencia; y un asistente, que precedentemente había atravesado por el fuego, en una operación semejante, dirigida por el mismo sacerdote, declaró la víspera, espontáneamente, que la sensación de calor en la planta de los piés había sido notablemente mayor que en su primera experiencia,—lo que tendería á confirmar la afirmación del operador, y lo que talvez explica por qué la parte más concluyente de la ceremonia fué omitida, con profundo descontento de la multitud habituada á verla ejecutar: el combate singular, *sobre la hoguera*, entre los dos hombres armados con espadas.

*
**

Este fenómeno es frecuente en la India. Un festival anual se celebra especialmente en el templo de Dharmajara, en Mulapet, á dicho efecto, y acababa de verificarse, hácia el 20 de octubre último, en Nagpur, por medio de un foso circular que permitía una carrera ininterrumpida. Muchos indios tan honorables como instruidos, y personalmente conocidos nuestros, nos han afirmado haber asistido muchas veces á esas ceremonias realizadas en hornallas de 10 á 15 metros de largo. Uno de ellos, de la Universidad de Allahabad, ha visto al sacerdote cuya experiencia acabamos de relatar, marchar impunemente, á pasos lentos, sobre un brasero de 10 metros de largo; otro ha podido atravesar doce veces consecutivas, un foso ardiente del mismo largo, y otros muchos asisten cada año á iguales fenómenos. En resúmen, casi no hay indio que tenga la menor duda respecto de la posibilidad de tales hechos.

En Europa, la prueba del fuego sufrida victoriosamente por los hechiceros, hace algunos siglos, era considerada como una posesión y aquellos desgraciados eran por ello condenados á muerte. No se pensaba que el demonio, con los poderes que se le atribuían, hubiera podido, si lo hubiese querido, arrancar á sus fieles no sólo de la acción del fuego sino de cualquier género de muerte,—pero la lógica no era la cualidad dominante en esa época.

En las historias de poseídos y de convulsionarios, se encuentra numerosos ejemplos de inmunidad contra el fuego. En nuestros días, los mediums Eglinton, Home, y muchos otros, han podido tomar carbones encendidos en sus manos y conservarlos largo tiempo sin ser quemados, y recientemente, los indígenas de las islas Fidji han mostrado ante los señores Mamica y Delcasse, una prueba de su poder notable sobre el elemento ígneo, cuya narración ha sido hecha en el *World Wide Magazine* de abril ó mayo del corriente año (1898) y ha sido comentada por una parte de la prensa británica.

El fenómeno no es, pues, nuevo. Aquél al que hemos asistido es, *para nosotros*, una prueba suficiente de la existencia de un poder capaz de domar en un grado considerable la energía destructiva del fuego; éste no se encuentra apagado, pero no quema. Estimamos que una hornalla semejante á la que hemos tenido á la vista, no puede ser atravesada con los piés desnudos, en las condiciones expuestas, sin que graves quemaduras sean cada vez el resultado.

Igualmente pensamos que, dos ó tres minutos después de la cesación de los encantos, el control era todavía intenso desde que los experimentadores citados á este respecto, no han presentado sino insignificantes quemaduras. La contra-prueba hubiera sido interesante: atravesar la fosa antes de dichos encantos ó largo tiempo

sobre sus antiguos rieles. Permitidme algunos ejemplos. Conforme á la ciencia exacta, vosotros no reconocéis más que una sola fuerza cósmica, y no veis diferencia entre la enerjía gastada por un viajero que separa las malezas que le obstruyen su camino y aquella de suma igual que emplea un experimentador científico para poner un péndulo en movimiento. Nosotros juzgamos de otro modo, pues sabemos que hay un mundo de diferencia entre las dos. El uno disipa y desparrama inutilmente la fuerza, el otro la concentra y la enriquece. Y pensad que aquí no me ocupo de la relativa utilidad de las dos acciones, como podría imaginarse, sino sólo del hecho que, en uno de los casos, no hay más que fuerza bruta gastada sin que se haya transformado esa enerjía en una forma potencial más elevada en la dinámica espiritual; lo que tiene justamente lugar en el otro caso. No me consideréis como vagamente metafísico.

La idea que deseo comunicar es que la intelección superior en un cerebro científicamente ocupado tiene por resultado la evolución de una forma sublimada de enerjía espiritual, que, en la acción cósmica, puede producir efectos ilimitados; mientras que el cerebro que obra automáticamente no detiene ó amontona en él mismo sino un cierto quantum de fuerza bruta que ningún beneficio puede producir ni para el individuo ni para la humanidad. El cerebro humano es un generador inagotable de fuerza cósmica de la calidad más refinada, que saca la enerjía inferior de la naturaleza bruta: el adepto completo ⁽¹⁾ ha hecho de sí mismo un centro resplandeciente de virtualidades de la que nacerán correlaciones sobre correlaciones á través de las edades futuras. Tal es la clave del poder misterioso que posee de proyectar y materializar en el mundo visible las formas que su imaginación ha construido en lo invisible con la materia cósmica inerte. El adepto no crea nada de nuevo; no hace sino emplear, manipulándolos, los materiales que la naturaleza tiene almacenados al rededor de él, la materia prima que durante las eternidades ha pasado á través de todas las formas. No tiene más que elejir aquella que necesita, y traerla á la existencia objetiva. ¿Esto no parecerá á alguno de VUESTROS SABIOS biólogos el sueño de un loco?

Decís que hay pocas ramas de la ciencia con las cuales no estéis más ó menos familiarizado y que pensáis hacer cierta suma de bien para lo que largos años de estudios os han puesto en condiciones. No lo dudo, pero permitidme esbozaros aún más claramente la diferencia de naturaleza que existe entre las ciencias físicas (lla-

(1) Individuo que está en los límites de su evolución humana. N. de la D.

madas exactas generalmente por pura lisonja) y las ciencias metafísicas. Estas últimas, lo sabéis, siendo imposible de ser demostradas ante los auditorios ordinarios, han sido clasificadas por Mr. Tindall con las ficciones de la poesía. Por lo contrario, la ciencia realista del hecho es completamente prosaica. Para nosotros, pobres filántropos desconocidos, un hecho cualquiera de una ó otra de estas ciencias, no es interesante sino por el grado de su virtualidad para producir resultados morales, y el valor de su utilidad para el género humano. ¿Hay algo más indiferente á todo y á todos, más estrechamente limitado á las egoístas necesidades de su propio desenvolvimiento, que esa ciencia materialista del hecho, en su orgulloso aislamiento? Y puedo preguntar... ¿qué es lo que tienen que hacer con la filantropía las leyes de Faraday, de Tindall ú otros, en sus relaciones abstractas con la humanidad considerada como un todo inteligente? ¿En qué se cuidan ellas del Hombre, átomo aislado de ese grande y armonioso conjunto, aún cuando puedan algunas veces serle útiles? La fuerza cósmica es algo de eterno, y de incesante, la materia es indestructible;—y allí se detienen los hechos científicos. Dudáis, sois un ignorante; los negáis, sois un loco peligroso ó un beato; pretendéis progresar según estas teorías, sois un impertinente charlatán. Y todavía nadie, en el mundo de los experimentadores, ha tenido jamás la idea de sacar de esos hechos científicos la siguiente conclusión: la naturaleza prefiere, conscientemente, que la materia sea indestructible bajo la forma organizada, más bien que bajo la forma inorgánica, y trabaja lenta pero incesantemente, en la realización de este fin:—la evolución de la vida consciente fuera de la materia inerte.—De allá su ignorancia sobre la dispersión ó la concentración de la energía cósmica bajo su aspecto metafísico, de allá sus divisiones respecto de las teorías de Darwin, de allá su incertidumbre sobre el grado de vida consciente que hay en cada elemento, y de allá, necesariamente, su despreciativo rechazo cuando se trata de aceptar un fenómeno producido fuera de las condiciones establecidas por ellos así como la idea, justa sin embargo, de que hay mundos de fuerzas semi-intelijentes, sino intelectuales, trabajando activamente en los senos ocultos de la naturaleza. Para daros otro ejemplo instructivo,—nosotros vemos una vasta diferencia entre las cualidades de las sumas iguales de energía gastadas por dos hombres, de los cuales suponemos á uno dirigiéndose tranquilamente á su trabajo cotidiano, y el otro en marcha hácia la policía para ir á denunciar á uno de sus semejantes; mientras que los sabios no ven ninguna. Ellos no notan diferencia específica alguna,—y nosotros vemos una,—entre la energía del viento en movimiento y la de una rueda que gira.

¿Y por qué esas diferencias? Porque cada pensamiento del hombre pasa, en el momento en que se ha desenvuelto, al mundo interior donde se hace una entidad activa por su asociación, lo que podíamos llamar su fusión con un ELEMENTAL, es decir, con una de las fuerzas semi-inteligentes de los reinos de la naturaleza. Esa entidad sobrevive como inteligencia activa,—criatura enjendrada por el espíritu,—durante un tiempo más ó menos largo, según la intensidad original de la acción cerebral que le ha dado nacimiento. Así un buen pensamiento es perpetuado como un poder activamente benéfico; uno malo, como un demonio maléfico; y de esta suerte el hombre puebla continuamente su corriente en el espacio, de un mundo que le es propio, donde se aprietan unos contra otros los hijos de sus fantasías, de sus deseos, de sus impresiones y de sus pasiones; corriente que reacciona en proporción de su intensidad dinámica sobre todo organismo sensitivo ó nervioso que se encuentre en contacto con ella. El buddhismo le llama su SHANDRA, el indio le da el nombre de KARMA. El adepto involucciona conscientemente esas formas; los demás hombres las dejan escapar sin tener conciencia del hecho. El adepto, para conseguir y conservar su poder, debe habitar en la soledad y más ó menos en el interior mismo de su alma.

Ménos aún la ciencia exacta puede comprender que, si de un lado, la hormiga que construye, la abeja que trabaja, ó el pájaro que hace su nido acumulan cada uno á su humilde manera tanta energía cósmica en su forma potencial, como un Hayd, un Platón ó un labrador al abrir el surco; de otro lado, el cazador que mata por placer ó para su provecho, y el positivista que aplica su inteligencia para probar que $+ \times + = -$, gastan y desperdician tanto la energía como el tigre que se lanza sobre su presa. Todos estos roban á la naturaleza en vez de enriquecerla, y todos se encontrarán un día responsables en proporción de su inteligencia.

La ciencia exacta experimental no tiene nada que hacer con la moralidad, la virtud y la filantropía,—así no puede pretender nuestro apoyo sino el día en que se alie con la metafísica. Como no es más que una fría clasificación de hechos exteriores al hombre, existentes antes y después de él, su dominio de utilidad no se extiende para nosotros sino hasta el límite de esos hechos. Ella se inquieta poco de las conclusiones y de los resultados que la humanidad podrá sacar de los materiales adquiridos por su método. Siendo nuestra esfera exterior á la suya,—como el camino de URANO es exterior al de la Tierra,—nos rehusamos categóricamente á presentarle nuestra cabeza para que la corte. Para ella, el calor no es sino un modo de movimiento y el movimiento

desarrolla el calor, pero está aún por descubrir por qué el movimiento mecánico de la rueda que gira debe tener un valor metafísico mayor que el calor en el cual se transforma gradualmente. ¡Id á sostener delante de los hombres de ciencia esta concepción filosófica y trascendente (por consiguiente absurda) de los Teósofos de la Edad Media, á saber: que el trabajo progresivo del hombre, ayudado por sus incesantes descubrimientos, llegará un día á un procedimiento que, semejante al de la energía del Sol—en su cualidad de motor directo—extraerá los alimentos de la materia inorgánica! Si el sol, progenitor y sostenedor de nuestro sistema planetario, hiciese mañana, «en condiciones rigurosas de observación», brotar de una piedra pollos de granito, los hombres de ciencia aceptarían el hecho como científico, y no gastarían un solo pensamiento para sentir que los pollos no fuesen vivos á fin de alimentar á los pobres y á los muertos—de—hambre; pero, si un SHABERÓN atraviesa el Himalaya en una época de hambre y multiplica los sacos de arroz para la multitud en peligro,—como lo podría hacer,—es probable que vuestros magistrados y vuestros receptores lo alojasen en un calabozo con el objeto de hacerle confesar cuál era el granero que había saqueado. He ahí la ciencia exacta de nuestro mundo realista. Vos mismo, que os manifestáis sorprendido de la inmensa ignorancia del mundo sobre todas las cosas, que definís con bastante precisión á la ciencia como «una colección de algunos hechos palpables torpemente generalizados, una jerga técnica inventada para ocultar la ignorancia del hombre sobre todo lo que se esconde más allá de esos hechos», que habláis de vuestra fé en las infinitas posibilidades de la naturaleza, sin embargo continuáis gastando vuestra vida en un trabajo que no sirve más que á esa misma ciencia exacta. . .

Entre las numerosas cuestiones que tocáis, discutiremos primeramente si lo permitís, la que trata sobre el error que, en vuestra opinión, habrían cometido LOS HERMANOS al «no haber dejado huella alguna en la historia del mundo». Creéis que debieron haber sido capaces, con las ventajas extraordinarias que poseen, «de reunir en sus escuelas un considerable número de los más brillantes espíritus de cada raza». ¿Cómo sabéis que no han dejado huella? ¿Tenéis conocimiento de sus esfuerzos, de sus éxitos y de sus fracasos? ¿Tenéis algún tribunal ante el cual citarlos? ¿Cómo haría vuestro mundo para reunir documentos sobre la conducta de hombres que cuidadosamente han tenido cerradas todas las puertas por donde la curiosidad pudo espiarlos? La primera condición de su éxito era la de no ser jamás vigilados ni estorbados. Los hechos que han cumplido, los conocen, y todos los

mento; pero esto proviene de que, como lo he dicho, perteneciendo á la raza humana, estamos sometidos á la impulsión cíclica y somos impotentes para hacerla retroceder sobre sí misma. ¿Podéis vosotros hacer remontar hácia sus fuentes al Ganges ó al Brahmaputra? ¿Podéis reducirlos de manera que impidáis que sus olas encrespadas franqueen sus orillas? No; pero podéis derivar una parte de la corriente en canales y utilizar sus poderes hidráulicos para el bien del género humano. De igual modo nosotros, que no podemos impedir al mundo seguir su dirección determinada, somos, sin embargo, capaces de desviar una parte de su fuerza de impulsión para emplearla útilmente. Consideradnos como semi-dioses, y mi explicación no os satisfará; pero, miradnos como simples mortales,—un poco más sabios tal vez que los demás á causa de nuestros estudios especiales,—y lo que digo servirá de respuesta á vuestra objeción.

—«¿Cuál es el bien, decís, que recojeremos mi compañero y yo (los dos son inseparables) de esas ciencias ocultas?» Cuando los nativos vean que los ingleses y hasta los altos funcionarios, se interesan en la India, en la ciencia y en las filosofías de sus antepasados, se dedicarán ellos también á estudiarlas abiertamente; y, cuando hayan llegado á comprender que los fenómenos DIVINOS no eran milagros, sino resultados científicos, la superstición se habrá desvanecido. Así, el mayor mal que actualmente retarda el renacimiento de la civilización india desaparecerá con el tiempo. La educación presente tiende á hacerlos materialistas y á arrancar de ellos la espiritualidad; haciéndoles apreciar y comprender los escritos y las enseñanzas de sus antepasados, la educación vendrá á ser para ellos un beneficio en vez de una maldición como lo es á menudo hoy. Por el momento, los nativos ignorantes, como los que son instruídos, miran á la religión cristiana y á la ciencia moderna que representan los ingleses, como la causa del prejuicio que impide á éstos ensayar el comprender á aquellos y á sus tradiciones. Los dos pueblos se ódian y se desconfían mutuamente. Cambiad de actitud hacia la antigua filosofía, y entonces los príncipes y la gente rica de la nación empezarán á subvencionar escuelas para la educación de los pundits; los viejos manuscritos sepultados hasta aquí fuera del alcance de los europeos, volverán á ver la luz, y vosotros tendréis la clave de un gran número de misterios ocultados durante siglos al entendimiento popular y que vuestros sanscritistas escépticos no quieren darse la pena de comprender, mientras que vuestros misioneros religiosos no lo *osan*. La ciencia tendría mucho que ganar, y la humanidad todo. Bajo la estimulante acción de la Sociedad Teosófica anglo-india, podremos con el tiempo ver una nueva edad de oro para la literatura sanscrita...

Si dirigimos nuestras miradas hácia Ceylán, vemos á los sacerdotes más letrados reunirse, bajo la dirección de la Sociedad Teosófica, para una nueva exégesis de la filosofía buddhista y en Gales, el 15 de Septiembre, una escuela láica de teosofía para la enseñanza de la juventud cingalesa se ha abierto con una lista de más de trescientos alumnos, ejemplo que pronto va á ser imitado en otros tres puntos de la isla. Si es verdad que la Sociedad Teosófica, «tal como está constituida al presente, no posee una vitalidad real», ⁽¹⁾ y si á pesar de sus modestos medios ha prestado ya servicios tan prácticos ¿qué resultados mucho más prácticos no tenemos el derecho de esperar de un cuerpo organizado sobre las bases mejores que podéis proponer?

Las mismas causas que tienden á materializar el espíritu indio, afectan también todo el pensamiento occidental, pues la educación entroniza al escepticismo y aprisiona á la espiritualidad. Haréis un bien inmenso ayudando á dar á las naciones del Oeste una segura base sobre la cual puedan reconstruir su fé que cae como menudo polvo. Lo que les falta es la evidencia, que únicamente suministra la psicología asiática; procurándosela llevaréis la paz á millares de espíritus. La era de la fé ciega ha concluido; estamos en la de las investigaciones. Pero, las investigaciones que no hacen más que desenmascarar el error sin descubrir el terreno sobre el cual el alma pueda edificar, no producirán sino iconoclastas, y la iconoclásia, por su misma naturaleza destructiva, no pueda dar nada: hace solamente tabla rasa. La pura negación no puede satisfacer al hombre y el agnosticismo no es otra cosa que un alto temporario. Este es el momento de guiar la impulsión recurrente que bien pronto empujará al siglo al extremo ateismo, ó le volverá al sacerdotalismo extremo si no se le dirige hácia la primitiva filosofía de los Arios, la única que satisface al alma. Comprenderá el empuje de los hechos aquel que observe lo que hoy pasa, de un lado entre los católicos que, como las efímeras termitas, se apresuran á poner sus milagros, y del otro, entre los libre-pensadores que se convierten en masa al agnosticismo. El siglo se precipita en una orgía de fenómenos. Las mismas maravillas que los espiritistas citan en oposición á los dogmas de expiación y de perdición eternas, sirven á los católicos que corren á contemplarlos para afirmar su fé en los milagros. Los escépticos se burlan de los unos y de los otros; y todos están ciegos y nadie hay para conducirlos. Vos y vuestros colegas podéis ayudar y dar materiales para la construcción de una filosofía religiosa de la que el mundo entero tiene necesidad; filosofía que sea inexpugnable

(1) Recién acababa de formarse y daba sus primeros pasos.—N. de la D.

para los asaltantes de la ciencia, siendo ella misma el fin de la ciencia absoluta; RELIGIÓN realmente digna de ese nombre, desde que repose sobre las relaciones del hombre físico con el hombre psíquico, y de estos con todo lo que hay arriba y debajo de ellos. ¿Esto no merecería un ligero sacrificio? Y si, después de reflexionar, os resolvéis á entrar en esta nueva carrera, haced de modo que se sepa que vuestra sociedad no es una botica de milagros, ni un club de banquetes, y que ella no se entrega especialmente al estudio del fenomenismo. Su fin principal debe ser extirpar las supersticiones y el escepticismo que están en boga, y hacer correr de las fuentes antiguas, largo tiempo selladas, las pruebas que muestran al hombre: que él mismo puede fabricar su futuro destino; que puede tener como cierta la posibilidad de vivir de una vida futura, siempre que lo quiera; en fin, que todos los *fenómenos* no son sino manifestaciones de la ley natural que debe ensayar de comprender todo ser inteligente.

K. H.

EL PROBLEMA DE LA DESIGUALDAD DE LAS CONDICIONES SEGUN LA TEOSOFÍA (1)

Si el sufrimiento, en general, es hijo de la necesidad (2) parece que debería herir sin parcialidad alguna é indistintamente á todos los seres, de una manera uniforme y regular. Por lo contrario, á cada instante pierde en apariencia su carácter impersonal, pues mientras respeta á grandes culpables, lo vemos cebarse, como loco, sin razón visible, sobre los más inocentes individuos: almas nobles nacen en familias criminales; grandes delincuentes tienen padres de una santa respetabilidad; hay parricidas y hermanos que son enemigos; millonarios que pierden la vida á causa de una indigestión al lado de muertos de hambre; seres sanos y bien conformados se encuentran junto con personas extropiadas ó minadas por horribles enfermedades; Apolos que hacen contraste con Cuasimodos; genios brillando en frente de idiotas; muertos recién nacidos,

(1) Este trabajo fué presentado al *Congreso de la humanidad* reunido en París en 1900.

(2) Desde que ella es hija de la multiplicidad y de la limitación de lo Infinito, sin las cuales el Universo no existiría.

ciegos y sordo-mudos de nacimiento; en fin, razas completamente distintas distribuidas sobre la tierra,—de un lado, negros horribles, ininteligentes y caníbales, de otro, la orgullosa, bella, inteligente pero egoísta raza blanca. Y si nos colocamos bajo el punto de vista moral, ¿quién puede explicar las tendencias congénitas al crimen, los viciosos de nacimiento, los malos por naturaleza, las pasiones indomables? ¿Por qué la previsión falta á tantos hombres que son así condenados á una perpetua miseria? ¿Por qué excesos de inteligencia, que no sirven, de ordinario, sino á la explotación de la ininteligencia? ¿Pero, para qué insistir? No hay más que mirar á nuestro alrededor y penetrar en los hospitales, en las prisiones, en los asilos nocturnos, en los palacios y en los conventillos; en todas partes el sufrimiento ha elegido su domicilio, en todas partes la injusticia parece haber enarbolado su pabellón. ¿No hay, pues, respuesta para esta pavorosa acusación contra la Divinidad? ¿Y el hombre debe permanecer ante ella, aterrado, descorazonado, como después de una catástrofe irreparable?

Todo esto, según la Iglesia, es la obra del alma que Dios dá á los hombres al nacer,—alma buena ó mala, sábia ó estúpida, que se condena ó se salva según que su propia voluntad pueda ó no dominar sus pasiones, según que su inteligencia sepa ó no encontrar el camino del cielo, según que la gracia ó un rechazo la predestinen al cielo ó al infierno.

Preguntaremos, primeramente, si no es una profanación representar á Dios espiando las concepciones para crear almas tan injustamente dotadas, almas de las cuales unas,—la mayor parte,—no entenderán jamás la palabra evangélica y, por consiguiente no podrán ser salvadas, y otras,—en bastante gran número,—son destinadas á animar cuerpos de caníbales ó de salvajes desprovistos de sentido moral! ¿Si no es un sacrilegio hacer así de la Divinidad, que es Sabiduría y Amor, una especie de cómplice de los adúlteros, de los violadores y de los impúdicos, ó el juguete de las infamias de los malthusianos! ¡Inconscientes blásfemos aquellos que pretenden imponer esos frutos de un mar muerto como rayos de la Luz!

Hay también una teoría con generalidad presentada en nuestros días, en ciertos medios, y de la que debemos decir algunas palabras, pues aunque no contiene sino una partícula de verdad y no puede, por consecuencia, resistir á un detenido exámen, ha seducido á más de un espíritu de mérito. Las desigualdades en el sufrimiento, se dice, provienen de las condiciones sociales. Inteligencia, moralidad, voluntad, y todas las facultades humanas se desenvuelven más ó menos según el medio; los hombres nacen iguales y se hacen desiguales bajo la influencia de los medios; prestad á todos los mismos cuidados,

ellos permanecerán iguales, y si se mantienen iguales,—parece que se quisiera añadir,—el mal desaparecerá de la tierra.

Esto es falso.

La desigualdad en el sufrimiento no proviene de la desigualdad de las condiciones. Más de un pobre habitante de los campos goza de una paz, de una dicha, que le envidiarían muchos privilegiados de la fortuna ó del nacimiento. La enfermedad elige su residencia en todas partes, abajo como arriba; el dolor moral es el patrimonio más especial de las llamadas clases superiores, y si la miseria y la obscuridad hacen ciertas penas particularmente agudas, la riqueza y la alta posición juegan el mismo papel para otras aficciones; todo tiene su reverso y así se equilibra. Aún más, la desigualdad de las condiciones es uno de los factores fundamentales del equilibrio social; sin ella, muchas funciones urgentes, indispensables, serían abandonadas; numerosas necesidades generales quedarían sin satisfacción; las obras de servicio que, en una humanidad todavía imperfecta y, por consiguiente, egoísta, no son hechas sino por el cebo de la retribución, no se efectuarían; cada hombre debería proveer á todas sus necesidades, y ninguno podría encontrar el tiempo de instruirse ó de dedicarse enteramente á esas diversas especialidades que, sin la presencia en ellas del interés personal, harían la vida general infinitamente mejor y muy rápido el progreso. Los partidarios de la teoría que hemos expuesto cuentan sobre la diversidad de los gustos para llenar las diversidades de las funciones necesarias á la vida social, lo que es también una ilusión. Las funciones inferiores, penosas ó llenas de dificultades, carecerían siempre de brazos, mientras que las fáciles ú honoríficas quedarían sin cesar obstruidas por exceso. Creer lo contrario, es rehusarse á ver la imperfección actual de los hombres; es creerlos seres elevados y buenos, prontos al sacrificio, y no anhelando otra cosa que concurrir á la felicidad general, sin arrojar una mirada sobre sus preferencias personales. Esto sería ver, en la humanidad de nuestros tiempos, la del futuro, aquella en la cual los individuos habrán alcanzado una perfección suficiente para que entre ellos no exista ni perezosos, ni malos, ni ininteligentes, en la que cada uno se reconocerá el hermano y el sostén de todos, en la que cada uno vivirá para todos y todos para cada uno. ¡Ah! cuánto deseamos con todas las fuerzas de nuestra alma, cuánto llamamos con todos nuestros votos esa época, lejana, ¡ay! en la que nos habremos engrandecido y en que la lucha fratricida en la cual nos agotamos hoy habrá hecho sitio á la paz definitiva que viene del amor superior, espiritual, universal. La esperamos con ansiedad, y, como viajeros extraviados en medio de la noche, dirigimos nuestros ojos hácia los oscuros

horizontes á fin de sorprender allí los primeros signos anunciadores de la aurora; saludando mientras tanto, con gratitud y con alegría á todos aquellos que creen en este bendito porvenir y que se esfuerzan por apresurar su advenimiento, á todos aquellos que tienden sincera é impersonalmente hácia la unidad social, donde el progreso nos conduce y hácia la cual el corazón aspira, á todos aquellos, sobre todo, que quieren llegar por la evolución continua y progresiva que se apoya sobre la mejora física, moral, mental y espiritual de los hombres,—pues, esos han sorprendido el secreto de la naturaleza.

La evolución, en efecto, nos muestra que cuanto más crecen las almas más se aproximan á la perfección á la que las destina la evolución,—y la felicidad no existe sino en la perfección.

Pero volvamos sobre otros puntos del sujeto.

Los hombres nacen iguales, se dice. Una simple ojeada sobre las diferencias en las cualidades morales é intelectuales de las razas y de los individuos, sobre las que existen entre los niños, sobre las de los instintos mismos de las criaturas de pecho, basta para probar lo contrario.

Hay salvajes en los cuales no se puede descubrir huellas de sentido moral. Carlos Darwin cuenta en alguna parte un hecho señalado por Annie Besant y que hemos publicado en nuestro folleto: *La Teosofía en algunos capítulos* (pág. 18). Un misionero inglés reprochaba á un Tasmanio el que hubiese muerto á la mujer para comérsela. El reproche despertó, en ese intelecto rudimentario, una idea distinta de la del crimen, y el antropófago pensó que el misionero se imaginaba que la carne humana era de un sabor desagradable, así fué que le respondió: «¡Pero ella era muy buena!».

¿Es posible atribuir á la sola influencia del medio una miseria moral tan profunda?

Muchas madres han podido comprender que las almas no son iguales,—ó mejor dicho, son de edades diferentes,—encontrando en dos seres creados en las mismas condiciones de medio y de tiempo, en dos mellizos, todavía en la cuna, por ejemplo, cualidades y tendencias diametralmente opuestas.

Entre los pedagogos ¿quién no ha constatado el mismo hecho con los alumnos que ha tenido á su cargo? Annie Besant dice que entre los ochenta mil niños que formaban su lote, en su inspección de las escuelas de Londres, encontró con frecuencia al lado de buenos pequeños seres llenos de dulzura y de afección, verdaderos criminales-natos, pequeños mónstruos en botón cuya malignidad pasional parecía brotar por todas partes en ellos, no esperando sino la edad y la ocasión para manifestarse como demonios humanos.

¿Bajo otro punto de vista, no se encuentra á cada instante, en los centros de instrucción, alumnos que, sin razón que lo explique, no tienen aptitudes sino para una sola rama de la enseñanza? Brillan sobre ese punto, mientras permanecen cerrados para los demás.

Y para presentar un último ejemplo, ¿los niños prodigios no están ahí para probar que los hombres no nacen iguales? Young, que descubrió las ondulaciones de la luz, leía, á la edad de dos años, con una rapidéz notable, y, á la edad de ocho, conocía seis lenguas á fondo (1).

Sir W. R. Hamilton aprendía el hebreo desde la edad de tres años, lo conocía perfectamente cuatro más tarde, y á los trece años poseía trece idiomas.

Causs, de Brunswich, el más grande matemático de la Europa, según Laplace,—resolvía problemas de aritmética cuando no tenía más que tres años.

No, los hombres no nacen iguales. El medio no hace sus desigualdades; favorece ó traba el desarrollo de las cualidades, pero no las crea; sin embargo, su acción tiene bastante importancia para que le acordemos también un momento de exámen.

La solidaridad más estrecha nos liga,—seamos ó no conscientes, lo quiéramos ó no. Todo absorbe y rechaza, todo inspira y expira, y este cambio universal, si á veces es malo, no es por eso menos un poderoso factor en la evolución. El átomo de carbono cuando ha entrado en las combinaciones del cuerpo humano, está dotado de un poder de agrupamiento mucho más elevado que el que posee el átomo que acaba de dejar por la primera vez la masa mineral de su veta, y para obtener sus nuevas facultades, ha debido aquél pasar por millones de moléculas vegetales, animales y humanas. Los animales sometidos al contacto del hombre se neutralizan á un grado algunas veces increíble á consecuencia del alimento intelectual que le suministran nuestros pensamientos. El hombre que vive solo, es, siendo todas las cosas iguales por otra parte, ménos fuerte, física, moral y mentalmente que el que puede mantener el cambio con sus congéneres y es por ello que la mentalidad se desarrolla más rápidamente en los grandes centros que en la campaña. Y lo que es verdad respecto de las buenas cualidades, lo es también, desgraciadamente, con relación á las malas.

El medio tiene, pues, una influencia innegable, y es verdadero el decir que las condiciones sociales en las cuales nacen los individuos, favorecen ó dificultan el desarrollo de sus facultades. Pero, allí se limita su acción: intensifica las desigualdades, no las crea.

(1) *Vida de Th. Young*, por G. Peacock (citada pág. 307, en *Ancient Wisdom*).

La desigualdad de las condiciones proviene, ante todo, de la continuidad de lo que se podría llamar la *creación*. Incesantemente se forman átomos en el seno de la Virgen—Madre (1), por la fuerza del torbellino divino, aperebido por los videntes en sus éxtasis, y que la teosofía llama el Gran Soplo; incesantemente esos átomos entran en combinaciones de más en más complejas, en organismos múltiples; incesantemente el plan de la evolución se realiza y se prosigue,—seres terminando, otros empezando la gran peregrinación. Esa es la existencia de ese circuito que crea y mantiene completa la jerarquía de los seres, que hace y perpetúa los reinos conocidos y desconocidos de la naturaleza; las almas suben lentamente de un reino á otro, mientras que los sitios que ellas dejan son ocupadas por nuevos llegados, por almas menores.

La segunda causa de las desigualdades humanas, es la diferencia de los esfuerzos y de los actos cumplidos por la voluntad de seres llegados á una cierta etapa. Esta voluntad desde que es guiada por la inteligencia y el sentido moral, apresura ó retarda la evolución individual, la hace fácil cuando procede de acuerdo con la ley divina,—haciendo lo que se llama el «bien,» —ó la turba por el dolor, cuando se opone á ella,—haciendo el «mal». Modificando las corrientes de la Ley, el alma enjendra fuerzas bienhechoras ó satánicas que, después de haber ondulado en el universo hasta la barrera que la ley le ha colocado, vuelven á su punto de partida,—el hombre; se comprende, desde entonces, que los platillos de la balanza de los individuos queden cargados desigualmente. Estos resultados de la voluntad influyen de un modo notable la vida durante la cual han tomado nacimiento; son conservadas en estado latente después de la muerte, y vuelven á presentarse en los futuros viajes á la tierra.

Es así que los hombres llegan á la vida trayendo consigo los resultados de su pasado, y poseedores de las facultades que han desarrollado en el curso de su evolución. Aquellos á quienes las dificultades de la vida han hecho antes enérgicos, vuelven á la existencia terrestre con esa fuerza que el mundo admira: es el valor ó la perseverancia, es la calma paciente ó la violencia que arrebató, — según el aspecto de la energía desenvuelta. Otros, por el contrario, nacen sin fuerza: sus vidas precedentes han sido demasiado fáciles. Hay hombres nacidos filósofos, matemáticos, artistas ó sabios, como hay santos y criminales desde la cuna.

Se ha hecho á la doctrina de los renacimientos objeciones que provienen de que los contradictores, no habiendo mirado sino un solo lado de la vida individual, no han podido explicarse aparentes

(1) La materia primordial, que no ha estado en contacto con ningún elemento compuesto.—que no ha entrado aún en ninguna combinación.

anomalías: aquello, en particular, de que el efecto no sigue siempre á la causa. Con efecto, toda fuerza que emerge es un «centro de voluntad», (1) describe como una elipse que camina en una red de otras elipses generadas por millares de otros centros de energía, y sufre en su marcha una aceleración ó un retardo, según la dirección y la naturaleza de las fuerzas con las cuales entra en contacto. He ahí por qué ciertos actos reciben su recompensa ó su castigo casi inmediatamente de producirse. El vulgo dice entonces: «Ese es el dedo de Dios». En otros casos, al contrario, — y son los más numerosos, — la reacción es diferida; el hombre de bien que se ha sacrificado durante toda una existencia, parece no recibir en cambio sino el infortunio y el dolor, mientras que á su alrededor el criminal prospera según su deseo. El ignorante que ve el hecho, dice: «No hay Dios, porque no hay justicia».

¡Error! La justicia es ineludible, aunque, en el interés de los seres en evolución, pueda permitir á las fuerzas ambientes precipitar ó aminorar su marcha. Nada se pierde; las causas que no han fructificado se conservan en estado potencial, y, como el grano de trigo recolectado hace millares de años, germinan y se desarrollan desde que se les presenta un suelo favorable. Las deudas impagas quedan inscritas, después del abandono de las envolturas perecederas, y se presentan en un vencimiento futuro, por lo común en la vida siguiente; esta puede no agotar el pasivo, y los vencimientos se renuevan en el curso de muchas existencias sucesivas, — lo que ha hecho decir que los pecados de los padres (2) son castigados en los hijos (3), hasta la septima generación. (4).

Tal es la verdad.

Las almas, iguales en potencialidades mientras dormitan en el estado de gérmenes confundidos en el seno del Ser, se hacen desiguales desde que nacen á la existencia en el universo manifestado, pues encuentran ante ellas predecesores, mayores, y la desigualdad se intensifica cuando han alcanzado el escalón humano, cuando la inteligencia y la voluntad empiezan, pues, desde entonces, la falta de identidad de los actos de los individuos, las variaciones de lo que se podría llamar el mérito y el desmérito establecen un segundo factor en la desigualdad de las condiciones. La evolución conserva las causas que han podido germinar en una existencia, y, por venidas sucesivas á la tierra, realiza las vistas de la Justicia que rige el universo, los fines del amor que produce el progreso y conduce á la perfección.

(1) Un alma.

(2) Aquí el alma.

(3) Las personalidades.

(4) Es decir, la 7^a encarnación.

LA «LUZ EN EL SENDERO»

Así se titula la preciosa joya oriental, que publicamos á continuación, cuyos comentarios, escritos por un aventajado teosofista, empezaremos á dar á nuestros lectores en el próximo número de PHILADELPHIA.

«Luz en el sendero» es un pequeño libro que nunca falta en la biblioteca de todo estudiante de teosofía, pues forma parte de esa clase de obras que, como *La Voz del Silencio* (del «Libro de los Preceptos de Oro») y la *Bhagavat-Gita* (El Canto del Bienaventurado), inimitable poema extraído de la monumental epopeya titulada: * «El Mahábhârata», ofrecen al hombre que se entrega al estudio de la ciencia teosófica un inagotable tema de meditación, y encierran, en sus al parecer extrañas reglas, precisas y exactas indicaciones que tiene que seguir escrupulosamente aquel que quiera alcanzar la iluminación interior, fuente de todo conocimiento. Ellos, que son el resúmen de la ética más elevada, sirven eficazmente, en la práctica del discípulo, para acostumbrarlo á concentrar la mente en las condiciones requeridas para que dicho acto dé los hermosos frutos que con él se buscan, pues por su forma literaria exigen, para ser bien comprendidos, un trabajo intelectual detenido sobre cada uno de sus preceptos y un método especial de lectura. Es por eso que, con mucha verdad dice, refiriéndose á «La Luz en el Sendero» el autor de los comentarios arriba mencionados, que «no hay sino un modo de lectura que pueda servir para ciertos autores: es el de leer, no entre líneas, sino en las palabras.» Efectivamente, en estas, como ha sucedido en muchos casos, y mejor que en los más indescifrables logogrifos, se ha escondido en diversas épocas, á designio, la expresión de las más grandes verdades conquistadas por el hombre á través de innumerables años de existencia y de convulsiones y cataclismos que varias veces han cambiado la fisonomía del planeta. Allí están para probarlo, todos los grandes libros producidos por la sabiduría humana en la antigüedad, algunos de los cuales tienen circulación en el mundo mientras otros permanecen todavía piadosamente escondidos, lejos del alcance de aquellos desdichados que, por salvar los mezquinos intereses de una iglesia, se han dedicado á quemar, como inconcientes salvajes, cuanta re-

* महाभारत (महाभारत)

liquia de esa especie llega á caer en sus manos. ¿Cuál de nuestros más distinguidos pensadores, de los que se han ocupado de estudios étnicos y filológicos, puede decir con propiedad que ha penetrado en sus secretos? Ninguno, porque para comprender el verdadero sentido esotérico que allí se encierra, se necesita la ayuda de claves especiales ignoradas de nuestros modernos investigadores.

«*El Libro de Dzyan*, el más antiguo de los que se conocen, base de la *Doctrina Secreta*, *Los Vedas*, tan nombrados y comentados, *El Libro de los Muertos*, y, sin ir tan lejos la *Biblia* misma, monumento que anda constantemente en manos de todo el mundo, ¿á cuál de nuestros escritores y filósofos han entregado el gran misterio de sus páginas?

Este existe, sin embargo, perennemente allí, y no sin razón los hombres de todos los tiempos y de todas las razas han dirigido siempre sus miradas nácia aquellos, comprendiendo instintivamente que, dentro de sus indelebles signos, se encuentra el profundo arcano que tanto ambicionamos conocer.

Las letras de un alfabeto no son, como vulgarmente se piensa, líneas mudas hechas á capricho para estampar palabras, sino signos cuyos significados son inmensos, pues ocultan relaciones é ideas, el secreto de los cuales se transmiten los iniciados, perpetuándose así, entre ellos, aquellas verdades que no estamos todavía en condiciones de recibir. Cada letra es un geroglífico; cada letra corresponde á un número, y, por consiguiente, tiene un valor determinado en esas sublimes matemáticas á que están sujetas las leyes de la naturaleza; cada letra es el símbolo de una idea, relacionándose, además su forma, con un sonido, es decir con una de esas vibraciones constructoras del Universo y destructoras también de muchas de sus obras, vibraciones cuyo enorme poder es desconocido todavía para la mayoría de los hombres aunque no para el Maestro de la verdadera ciencia, quien no deja jamás de recomendar á sus discípulos el uso cuidadoso de la palabra que vá á ajitar con sus modulaciones la atmósfera de los planos sutiles que nos rodean. Son esas letras las que, combinadas, forman la palabra, simple expresión de una idea para la generalidad de los individuos, mientras que, para el iniciado, indica *una sucesión de ideas, así como una operación aritmética y geométrica*, y cuando es pronunciada por el labio, una *armonía ó una disonancia* que vibra y se pierde para nuestros rudos oídos en el espacio sin límites, en ese resonador admirable, en ese instrumento bien templado en el cual los infinitos acordes ván repitiéndola sin cesar mezclada al conjunto de la grandiosa orquesta; *una fuerza*, en fin, que brota de nosotros y se lanza á producir su efectos lejos de nuestros materiales medios de observación.

Aquellas obras, cuyos autores permanecerán eternamente en la sombra con que quisieron rodearse, están escritas siguiendo un plan perfectamente combinado, en el cual las frases son formadas de manera que, el lector ordinario, el pensador y el iniciado, tenga cada uno en ellas el elemento adecuado á sus respectivas situaciones, expresando para cada cual diversa serie de ideas. El primero, verá ante sí únicamente *el cuerpo*, el sentido vulgar y literal de las frases, que hallará más ó menos hermoso, más ó menos extraño, más ó menos atractivo, según las condiciones de que esté dotado su intelecto; el segundo, penetrará más adentro, en *el alma* del libro, en la filosofía que se encierra dentro de sus mitos, leyendas ó parábolas, y podrá sacar de allí muchas y benéficas enseñanzas, al mismo tiempo que presentir otras mayores y más ocultas, hasta las que, sin embargo, le está vedado llegar sin el auxilio de una poderosa intuición,—muy rara, casi imposible,—ó de una dirección prudente y sabia; para el último, por fin, poseedor de la misteriosa llave, resplandece con toda su magestad *el espíritu* vivo, la luz, brillante y clara, que ilumina los más oscuros arcanos, en los que, por otra parte, es vano querer penetrar cuando no se ha alcanzado el grado necesario de comprensión. Esforzaos por enseñar á un alumno de matemáticas elementales las profundas leyes del cálculo; ni las comprenderá, ni podrá, por esa causa, sacar de vuestro esfuerzo beneficio de clase alguna. Para poseer la llave maestra, es indispensable ser iniciado, y no puede serlo quien no tiene las condiciones especiales ni ha recibido una prévia preparación.

Por eso, y siendo la iniciación un acto secreto que impone la obligación del silencio con respecto á los poderes cuya posesión acuerda, nada tiene de extraño el hecho de que no se haya tratado de divulgar lo que, por otra parte,—y no por falta de inteligencia,—pocos están en condiciones de comprender.

Refiriéndose á La Escritura, dice Orígenes:—«Ella tiene tres sentidos: la carne,—que es para el hombre ordinario,—el alma,—para las gentes intruidas;—el espíritu,—para los «perfectos»; regla extensiva al género de libros indicados.

Esto no quiere decir que la interesante publicación cuya lectura recomendamos, modesta perla que se ofrece ella misma sin pretensiones, se encuentre en las condiciones de esos gigantes trabajos á que nos hemos referido, en los que se guarda, en provecho de la humanidad, la sabiduría acumulada por las razas desde los siglos más remotos. Basta ver para ello que aquella ha sido escrita simplemente para que sirva de auxiliar á los estudiantes de la ciencia oculta, los que, si se esfuerzan por comprender y llevar á la práctica las indicaciones allí expuestas, podrá conseguir colocarse en el camino que hácia la iniciación conduce.

Muchas de sus reglas serán indudablemente muy oscuras para los que no estén familiarizados con los estudios teosóficos, y es á fin de salvar en parte ese inconveniente, que es forzoso no hacer desaparecer del todo á fin de dejar que el propio esfuerzo se manifieste, que publicaremos después los comentarios á que hemos hecho alusión al principio.

LANÚ.

LUZ EN EL SENDERO

I

Estas reglas han sido escritas para todos los discípulos. Tú, síguelas.

Antes de que los ojos puedan ver, es necesario que se hayan vuelto incapaces de llorar. Antes de que el oído pueda oír, debe haber perdido la susceptibilidad. Antes de que la voz pueda hablar en presencia de los Maestros, debe haber perdido la posibilidad de herir. Antes de que el alma pueda erguirse en presencia de ellos, es necesario que los piés se hayan lavado en la sangre del corazón.

1.—MATA la ambición.

2.—MATA el deseo de vivir.

3.—MATA el deseo de bienestar y de comodidades.

4.—TRABAJA como trabajan los que son ambiciosos. Respeta la vida como lo hacen los que la desean. Sé feliz como lo son todos los que viven por la felicidad de vivir.

Busca en el corazón la raíz del mal, y arráncala. Esta raíz vive y fructifica en el corazón del discípulo fervoroso lo mismo que en el del hombre de deseos. Solamente el fuerte puede destruirla. El débil tiene que esperar su crecimiento, su madurez y su muerte. Es esta una planta que vive y se desarrolla al través de las épocas. Florece cuando el hombre ha acumulado en sí mismo existencias innumerables. El que quiera entrar en la senda del poder, debe arrancarla de su corazón. Y del corazón, entonces, brotará sangre, y la vida toda del hombre parecerá desvanecerse por completo. Esta prueba debe sufrirse; puede presentarse desde

el primer paso en la peligrosa escala que al sendero de vida conduce; puede no venir sino hasta el último. Pero acuérdate, oh discípulo, de que tienes que pasar por esta prueba, y refuerza las energías de tu alma para tal empresa. No vivas ni en lo presente, ni en lo futuro, sino en lo eterno. Allí no puede florecer esta hierba gigantesca. La atmósfera misma del pensamiento eterno borra esta mancha de la existencia.

NOTA.—La ambición es el defecto primero, el gran tentador del hombre que se eleva por encima de sus semejantes. Es la forma más sencilla de buscar la recompensa. De este modo es como los hombres de inteligencia y de poder se apartan continuamente de sus altas posibilidades. A pesar de todo, es un instructor necesario. Al llevar sus resultados á la boea, se convierten en polvo y cenizas; como la muerte y el aislamiento, demuestra, por fin, al hombre que trabajar para sí es trabajar para una decepción inevitable. Pero, aunque esta primera regla parezca tan fácil y sencilla no la consideres á la ligera, porque estos vicios del hombre ordinario sufren una transformación sutil y reaparecen bajo otro aspecto en el corazón del discípulo. Es muy fácil el decir: «yo no seré ambicioso», pero no lo es tanto el decir, “cuando el Maestro lea en mi corazón no encontrará allí una sola mancha”. El artista puro que trabaja por amor á su obra, está algunas veces más firmemente emplazado en el verdadero camino que el Ocultista que se imagina haber apartado de sí su interés propio, cuando, en realidad no ha hecho otra cosa que ensanchar los límites de la experiencia y del deseo, y transferir su interés á cosas relacionadas con su mayor horizonte de vida. El mismo principio se aplica también á las otras dos reglas, en apariencia tan sencillas. No te precipites, ni te dejes engañar por tu propio corazón; porque ahora, en los umbrales, un error puede remediarse. Pero si lo llevas contigo, crecerá y dará sus frutos, ó bien no podrás destruirlo sin experimentar amargos sufrimientos.

5.—MATA todo sentimiento de separatividad.

NOTA—No imagines que tú puedas ser distinto del hombre malvado ó del hombre insensato. Ellos son tú mismo, aunque en un grado menor que tu amigo ó tu maestro. Pero si dejas arraigar en ti la idea de separación con respecto á una persona ó á una cosa mala, al hacer esto, tú creas Karma que te ligará á aquella cosa ó á aquella persona, hasta el momento en que tu alma reconozca que no puede separarse de ella. Recuerda que el pecado y el oprobio del mundo son tu pecado y tu oprobio, porque tú formas parte del mismo; tu Karma está tejido de un modo inextricable con el gran Karma. Y antes de que tú hayas logrado el conocimiento, es preciso que hayas pasado por todos los lugares, lo mismo sucios que limpios.

Por lo tanto, tén presente que el vestido manchado cuyo contacto te repugna, puede haber sido el tuyo ayer, ó quizás lo será mañana. Y si, horrorizado, apartas tus ojos de él, una vez echado sobre tus espaldas,

con tanta mayor fuerza te oprimirá. El hombre que se cree justo se prepara un lecho de fango. Abstente, no para permanecer limpio, sino porque el abstenerte es un deber tuyo.

6.—MATA el deseo de sensación.

7.—MATA la sed de crecimiento.

8.—SIN embargo, mantente solo y aislado, porque nada de cuanto tiene cuerpo, nada de cuanto tiene conciencia de la separación, nada de cuanto está fuera de lo eterno, puede acudir en tu auxilio. Estudia la sensación y obsérvala, porque únicamente así puedes empezar la ciencia del propio conocimiento, y colocar el pié en el primer peldaño de la escala.

Crece como crece la flor, inconscientemente, pero ardiendo en ansias por entreabrir su alma á la brisa. Así es como debes tú facilitar la expansión de tu alma á lo eterno, pero es lo eterno lo que debe desarrollar su fuerza y su belleza, y no el deseo de crecer. Porque, en un caso, floreces en la lozanía de la pureza; y en el otro te endureces con la avasalladora pasión de la importancia personal.

9.—DESEA únicamente lo que está en tí.

10.—DESEA únicamente lo que está fuera de tí.

11.—DESEA únicamente lo que está fuera de alcance.

12.—PORQUE en tí está la luz del mundo, la única luz que sobre el Sendero puede difundirse. Si eres incapaz de percibirla en tí mismo, inútil es que la busques en otra parte. Está fuera de tí, porque, cuando llegas á alcanzarla, ya no eres tú mismo. Es inaccesible, porque siempre retrocede. Entrarás en el seno de la luz, pero no tocarás nunca la llama.

13.—DESEA ardientemente el poder.

14.—DESEA firmemente la paz.

15.—DESEA las posesiones por encima de todo.

16.—PERO estas posesiones deben pertenecer tan sólo al alma pura, y de consiguiente, deben ser igualmente poseídas por todas las almas puras, siendo así la propiedad especial del todo, que la unión de las mismas constituye. Anhela ardientemente unas posesiones tales como aquellas de que goza el alma pura, á fin de que tú puedas ir acumulando riquezas para aquel espíritu común de vida que es tu único sér verdadero. La paz que debes desear es aquella paz sagrada que nada puede turbar, y en el seno de la cual el alma crece, como crece la flor santa en las lagunas inmóviles. Y el poder á que debe aspirar el discípulo, es aquel que le hará aparecer como nada ante los ojos de los hombres.

17.—BUSCA el camino.

NOTA.—Estas tres palabras parecen quizás muy insignificantes para

formar una regla por sí solas. El discípulo dirá: ¿me tomaría yo acaso el trabajo de estudiar estos pensamientos sino buscarse el camino? Pero con todo, no te apresures á pasar adelante. Detente, y medita un poco. ¿Es realmente el camino lo que tú deseas, ó es que tu fantasía te ofrece una vaga perspectiva de encumbradas alturas que escalar ó un gran porvenir que pretender? Recuerda la advertencia. El camino tiene que buscarse por el mismo sin tener consideración ninguna á tus piés que lo recorrerán.

Existe una correspondencia entre esta regla y la 17.^a de la 2.^a série. Cuando después de siglos de lucha y de numerosas victorias, sea ganada la batalla final, el secreto final pedido, entonces estarás preparado para un sendero más avanzado. Cuando se haya dicho el secreto final de la gran lección, por medio de él se abrirá el misterio del nuevo camino, sendero que conduce más allá de toda experiencia humana, y que está muy por encima de la percepción y de la imaginación del hombre. En cada uno de estos puntos es inútil detenerse mucho y reflexionar maduramente. En cada uno de estos puntos es preciso estar seguro de que se ha elegido el camino por el mismo. El camino y la verdad vienen primero, después sigue la vida.

18.—BUSCA el camino penetrando en lo interior.

19.—BUSCA el camino avanzando resueltamente al exterior.

20.—BÚSCALO, pero no en una dirección única. Existe para cada temperamento una vía, al parecer más ventajosa. Pero no se encuentra el camino con ayuda de la devoción sola, ni de la mera contemplación religiosa, ni tampoco por medio del ardor en el progreso ni por el trabajo que se sacrifica, ni por la observación estudiantosa de la vida. Cada una de estas cosas no hace adelantar al discípulo más que un paso. Todos los peldaños son necesarios para recorrer la escala. Los vicios del hombre se convierten en peldaños de la misma, uno por uno, á medida que se van dominando. Las virtudes del hombre son escalones, en verdad, necesarios, y de los cuales no se puede prescindir. Sin embargo, por más que ellas dan origen á una atmósfera bella y á un feliz porvenir, son inútiles si existen aisladas. La naturaleza toda del hombre debe ser sabiamente empleada por aquel que desea entrar en el camino. Cada hombre es absolutamente para sí mismo el camino, la verdad y la vida. Pero esto, sólo cuando domina fuertemente su individualidad completa, y cuando, despierta la energía de su voluntad espiritual, reconoce que esta individualidad no es él mismo, sino aquella cosa que él ha creado penosamente para su propio uso, aquella cosa por cuyo medio se propone, á medida que el crecimiento desarrolla lentamente su inteligencia, obtener la vida que más allá de la individualidad existe. Cuando sabe que es para esto que su asombrosa vida, compleja y distinta, existe, entonces, y sólo entonces, se halla en el camino. Búscalo sumergiéndote en las espléndidas y miste-

riosas profundidades de lo más íntimo de tu sér. Búscalo analizando la experiencia adquirida, utilizando los sentidos, á fin de comprender el desenvolvimiento y la significación de la individualidad, así como la belleza y la oscuridad de estos otros fragmentos divinos que contigo y á tu lado combaten, y que forman la raza á la cual tú perteneces. Búscalo estudiando las leyes del sér, las leyes de la naturaleza, las leyes de lo sobrenatural; búscalo, finalmente, prosternando tu alma ante la pequeña estrella que arde en el interior. En tanto que tú veles y adores con perseverancia, su luz irá siendo más y más brillante. Entonces podrás conocer que has encontrado el principio del sendero. Y cuando hayas encontrado el fin, su luz se convertirá súbitamente en la luz infinita.

NOTA. — Busca el camino analizando la experiencia adquirida; y no olvides que, al decir esto, no digo: cede á las seducciones de los sentidos á fin de conocerlos. Antes de convertirte en Ocultista, puedes hacerlo, pero no después. Una vez que hayas escogido el sendero y entrado en él, no puedes ya sucumbir sin vergüenza á tales seducciones. Sin embargo, tú puedes experimentarlas sin horror; puedes pesarlas, observarlas y analizarlas, y esperar con paciencia y confianza la hora en que ninguna impresión causarán ya en tí.

Pero no vituperes al hombre que sucumbe: tiéndele la mano como á un peregrino hermano tuyo, cuyos piés se han entorpecido con el fango del camino. Ten presente, oh discípulo, que por grande que sea el abismo que existe entre el hombre virtuoso y el pecador, es todavía muchísimo mayor entre el hombre virtuoso y aquel que ha obtenido el conocimiento; y que es inconmensurable entre el hombre virtuoso y aquel que está en los umbrales de la divinidad. Por consiguiente, guárdate de imaginar antes de tiempo que eres algo distinto de la masa.

Cuanda hayas encontrado el principio del sendero, la estrella de tu alma dejará ver su luz; y á su claridad, advertirás cuán densa es la oscuridad en medio de la cual brilla. La razón, el corazón, el cerebro, todo permanece entre tinieblas, en tanto que no se haya ganado la primera gran batalla. Pero no por eso dejes que el espanto ni el temor hagan presa en tí; mantén tus ojos fijos en esta pequeña luz, y ésta irá creciendo. Pero haz que la oscuridad interior te ayude á comprender la desolación de aquellos que no han visto luz alguna, y cuyas almas están sumidas en profunda noche. Guárdate de acriminarlos. No te apartes de ellos, antes al contrario, procura aligerar un tanto el pesado Karma que al mundo agobia; presta tu auxilio á los pocos brazos vigorosos que impiden á las potencias de las tinieblas el obtener una completa victoria. Obrando de esta suerte, formarás parte de una asociación de felicidad, que lleva consigo un trabajo terrible y causa una tristeza profunda, pero que es también un manantial de delicias sin fin.

21.—BUSCA la flor que debe abrirse durante el silencio que sigue á la tormenta, y no antes.

La planta crecerá y se desarrollará; echará ramas y hojas, y formará capullos en tanto que continúe la tempestad y dure el combate. Pero antes de que la personalidad completa del hombre se haya disuelto y desvanecido; ni antes de que el divino fragmento que la ha creado haya llegado á considerarla simplemente como un objeto, y un mero motivo de graves experiencias; ni tampoco antes de que la naturaleza humana haya sido enteramente vencida y subyugada por su yo más elevado; antes de todo esto, no puede abrirse la flor. Entonces sobrevendrá una calma como la que en los países tropicales sucede á una lluvia torrencial, y durante cuya calma la naturaleza obra con tanta rapidez que se puede ver su acción. Una calma semejante se difunde sobre el espíritu fatigado. Y en medio del silencio más profundo, tendrá lugar el misterioso suceso que probará que el camino ha sido encontrado. Llámalo con el nombre que quieras, es una voz que habla allí donde nadie hay para hablar; es un mensajero que llega, mensajero sin forma ni substancia; ó bien es la flor del alma que se ha abierto. No hay metáfora que pueda describirlo. Pero se puede sentir, buscar y desear, aún en los momentos en que con más furia estalla la tormenta. El silencio puede durar un momento tan sólo, ó bien puede prolongarse durante un millar de años: pero tendrá fin. Sin embargo, en tí residirá su fuerza. Una y reiteradas veces debes entablar la lucha, y vencer. El reposo de la naturaleza no puede ser más que un intervalo.

NOTA.—La expansión de la flor es el glorioso momento en que la percepción se despierta. Con ella nacen la confianza, el conocimiento y la certeza. El reposo del alma es el momento de asombro, y el siguiente momento de satisfacción es el silencio.

Sabe, oh discípulo, que los que han pasado por el silencio, y han experimentado la paz que en él mora, y retenido su fuerza, desearían también verte á tí pasar por él. Así pues, cuando el discípulo es capaz de entrar en el Templo del Saber, encontrará siempre allí á su Maestro.

Las reglas expuestas son las primeras que han sido escritas en los muros del Templo del Saber. Los que pidan, tendrán. Los que deseen leer, leerán. Los que deseen aprender, aprenderán.

NOTA.—Los que pidan, tendrán. Pero aunque el hombre ordinario pida continuamente, su voz no es oída. Porque pide únicamente con su inteligencia, y la voz de la inteligencia no es oída más que en el plano donde la inteligencia actúa. Por esto es que he dado las veinte y una primeras reglas antes de decir: los que pidan, tendrán.

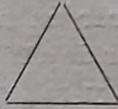
Leer, en el sentido oculto, es leer con los ojos del espíritu. Pedir, es experimentar el hambre interior, la necesidad de aspiraciones espirituales. Ser capaz de leer, significa haber obtenido el poder en un grado mínimo,

de satisfacer esta hambre. En cuanto el discípulo está en disposición de aprender, entonces es aceptado, admitido y reconocido. No puede ser de otra manera, puesto que ha encendido su lámpara, y no la podría ya ocultar. Pero es imposible aprender, en tanto que la primera gran batalla no se haya ganado. Puede la inteligencia reconocer la verdad, pero no puede el espíritu recibirla. Una vez pasada la tormenta y obtenida la paz, es siempre posible aprender, aún cuando el discípulo vacile, dude y se desvie. La voz del silencio mora en él, y aunque llegue á abandonar por completo el sendero, algún día la oirá resonar, y producirá en él una división separando sus pasiones de sus divinas facultades, y entonces, en medio de sufrimientos y de gritos de desesperación arrancados por la pérdida de su yo inferior, volverá al sendero.

Por esto te digo: "La paz sea contigo". "Yo te doy mi paz" únicamente puede decirlo el Maestro á aquellos discípulos predilectos que son como él mismo. Algunos hay, entre los que ignoran la sabiduría oriental, á quienes puede decirseles esto, y á quienes se le puede decir diariamente con mayor precisión.

△ Contempla las tres verdades. Son iguales.

La paz sea contigo



II

Del seno del silencio, que es la paz, una voz sonora se elevará. Y esa voz dirá: «Hace falta algo más: tú has segado ya; ha llegado ahora el momento de sembrar.» Y sabiendo que esta voz es el silencio mismo, obedecerás.

Tú, que eres ahora un discípulo, capáz de mantenerte á pié firme, capáz de oír, capáz de ver y capáz de hablar; que has sujetado el deseo y alcanzado el propio conocimiento, que has visto á tu alma en su flor y la has reconocido, y que has oído la voz del silencio, encamínate al Templo del Saber, y lee lo que en él para tí está escrito.

NOTA.—Ser capáz de mantenerse á pié firme, significa tener confianza; ser capáz de oír, quiere decir haber abierto las puertas del alma; ser capáz de ver, indica pue se ha adquirido la facultad de percepción; ser capáz de hablar, es lo mismo que poseer la facultad de ayudar á los demás; haber sujetado el deseo, es haber aprendido á servirse del yo y á dominarlo; haber alcanzado el propio conocimiento, equivale á haberse retirado al corazón de la fortaleza, desde donde puede contemplarse con toda imparcialidad al hombre personal; haber visto su alma en su flor,

significa haber podido obtener una misión momentánea, en sí mismo, de la transformación definitiva, que hará del discípulo un ser superior al hombre; reconocer, es llevar á cabo la grande empresa de contemplar la luz resplandeciente sin bajar los ojos y sin retroceder, presa del espanto, como á la vista de un fantasma horrible. Esto es lo que á algunos les sucede, y entonces se pierde la victoria en el preciso instante en que se iba á alcanzar; oír la voz del silencio, dá á entender que la única dirección verdadera viene del interior; encaminarse al Templo del Saber, es entrar en aquel estado en el cual el saber se hace posible. Entonces encontrarás allí muchas palabras escritas en caracteres de fuego, que con facilidad podrás leer. Porque cuando el discípulo está dispuesto, el Maestro lo está igualmente.

1.—MANTENTE ajeno á la batalla que empieza, y aunque tú peles, no seas el guerrero.

2.—BUSCA al guerrero, y deja que pelee en tí.

3.—TOMA de él las órdenes para el combate, y síguelas.

4.—OBEDÉCELE, no como á un general, sino como si fueses tú mismo, y como si sus palabras fuesen la expresión de tus más recónditos deseos; porque él es tú mismo, si bien infinitamente más sábio y más fuerte que tú. Búscale, porque en medio de la efervescencia y el fragor de la batalla, tú puedes separarte de su lado; y él no te conocerá en tanto que tú no lo conozcas á él. Si hasta su oído solícito llegan tus gritos, él accederá á combatir en tí, y á llenar el penoso vacío de tu interior. Y si esto sucede, puedes, sereno é infatigable, presentarte al combate, manteniéndote apartado, y dejando que él pelee por tí. Entonces te será imposible dar un solo golpe en falso. Pero si no buscas al guerrero, si pasas sin verle, entonces no hay salvación posible para tí. La turbación se apoderará de tu cerebro, tu corazón no sabrá resolverse, y en medio del polvo levantado en el campo de batalla, se oscurecerán tu vista y tus sentidos todos, y no podrás distinguir entre tus amigos y tus enemigos.

Él es tú mismo; y sin embargo, tú eres finito y sujeto al error; él es eterno y seguro. Es la eterna verdad. Una vez haya penetrado en tí, y se haya convertido en guerrero tuyo, jamás te dejará abandonado por completo, y en el día de la gran paz, él y tú os confundiréis en uno.

5.—ESCUCHA el canto de vida.

NOTA.—Búscalo, y escúchalo por de pronto dentro de tu propio corazón: Al principio tal vez dirás: aquí no está, voy en pös de él, pero no hallo más que discordancia. Continúa investigando más profundamente. Si fracasan tus investigaciones, detente un instante, y avanza después más profundamente todavía. Existe en todo corazón humano una melodía natural, una fuente oscura. Puede estar cubierta, oculta

por completo y silenciosa; pero allí está. En la base misma de nuestra naturaleza encontraremos la fé, la esperanza y el amor. El que escoge el mal rehúsa mirarse á sí mismo, cierra sus oídos á la melodía de su corazón, de igual modo que desvía sus ojos de la luz de su alma. Y obra de esta suerte porque encuentra más cómodo vivir anegado en los deseos. Pero en el fondo de toda vida existe una corriente impetuosa que no reconoce obstáculo alguno; las grandes aguas, en verdad, allí están. Encuéntralas, y verás que, desde la criatura más miserable, nadie hay que no constituya una parte de las mismas, aún cuando estuviese ciego con respecto á la realidad, y se forjase una horrible y fantástica forma exterior. Todos aquellos en medio de los cuales luchamos, son fragmentos de lo Divino. Y tan engañosa es la ilusión en que vives que es difícil en un principio adivinar ó descubrir la dulce voz en los corazones de los otros. Pero sabe que permanece ciertamente dentro de tí mismo. Búscala en tí, y en cuanto la hayas oído, la distinguirás mucho mejor en torno tuyo.

6.—CONSERVA en tu memoria la melodía que oyes.

7.—APRENDE de ella la lección de armonía.

8.—Tú puedes ahora mantenerte erguido, firme como una roca en medio del tumulto, obedeciendo al guerrero, que eres tú mismo y tu rey. Indiferente al combate, pero no en la ejecución de sus mandatos, y sin preocuparte en lo más mínimo en cuanto al resultado de la lucha,—porque una sola cosa es importante, esto es: que el guerrero triunfe, y ya sabes que él no puede sucumbir,—manteniéndote así sereno y vigilando atentamente, aprovéchate de la facultad de oír que has adquirido por medio del sufrimiento y por la destrucción del sufrimiento. Mientras no seas más que un hombre, sólo algún fragmento del magnífico canto llegará á tu oído. Pero si lo escuchas, imprímelo fielmente en tu memoria, de tal suerte que no se pierda ningún detalle de lo que hasta tí ha llegado, y procura con su auxilio descubrir la significación del misterio que te rodea. Andando el tiempo, podrás prescindir de instructor. Porque de igual modo que el individuo posee una voz, así también la posee aquello en lo cual el individuo existe. La vida misma está dotada de palabra, y en su seno jamás impera el silencio. Y su lenguaje no es á manera de un grito, como puedes suponer, tú que eres sordo: es un canto. Aprende del mismo que tú eres una parte de la armonía; aprende del mismo á obedecer á las leyes de la armonía.

9.—OBSERVA atentamente toda la vida que te rodea.

10.—APRENDE á sondear de una manera inteligente el corazón de los hombres.

MOTA.—Desde un punto de vista absolutamente impersonal, pues de otra suerte verías al través de una prisma falso. La impersonalidad es lo primero que debe comprenderse.

La inteligencia es imparcial: ningún hombre es tu enemigo; ningún hombre es tu amigo. Todos ellos son tus instructores por igual. Tu enemigo viene á ser un misterio que tienes que resolver, aun cuando tengas que invertir siglos en ello porque es de todo punto necesario que el hombre sea comprendido. Tu amigo viene á ser una parte de tí mismo, una extensión de tí mismo, un enigma difícil de descifrar. Una cosa tan sólo existe que sea más difícil de conocer: esta cosa es tu propio corazón. Antes de que se hayan aflojado los lazos de la personalidad, no se puede empezar á vislumbrar el profundo misterio del yo. Antes de que te hayas separado de la personalidad, no será ésta revelada á tu entendimiento. Entonces, y no antes, podrás hacerte dueño de ella y guiarla. Entonces, y no antes, podrás servirte de todas sus fuerzas, y consagrarlas á un uso que merezca la pena.

11.—OBSERVA con la mayor atención posible tu propio corazón.

12.—PORQUE al través de tu propio corazón viene la luz única, que ilumina la vida y la hace clara á tus ojos.

Estudia el corazón de los hombres, á fin de conocer lo que es el mundo en que vives y del cual pretendes ser una parte. Observa la vida que te rodea, en continuo movimiento, en transformaciones incesantes, porque son los corazones de los hombres los que la constituyen; y á medida que aciertes á comprender su constitución y su significado, gradualmente irás siendo capaz de leer la palabra más grande de la vida.

13.—LA palabra no viene más que con el conocimiento. Alcanza el conocimiento, y alcanzarás la palabra.

—NOTA.—Es imposible que ayudes á los demás mientras que tú mismo no hayas llegado á una determinada certeza. En cuanto hayas aprendido las veinte y una primeras reglas, y hayas entrado en el Templo del Saber, desarrolladas ya tus fuerzas, y libre tu sentido interno. entonces descubrirás que en tí existe un manantial de donde brota la palabra.

Después de la regla décima tercera, no puedo añadir una sola palabra á lo que ya se ha escrito.

Yo te doy mi paz. \triangle

Estas reglas están escritas únicamente para aquellos á quienes yo doy mi paz, aquellos que pueden leer lo que llevo escrito con su sentido interno lo mismo que con el externo.

14.—HABIENDO adquirido el uso de los sentidos internos, habiendo dominado los deseos de los sentidos externos, habiendo subyugado los deseos del alma individual, y habiendo obtenido el conocimiento, prepárate desde ahora, oh discípulo, para entrar realmente en el camino. El Sendero se ha encontrado ya: dispónete á recorrerlo.

15.—PIDE á la tierra, al aire y al agua los secretos que guardan para tí. El desarrollo de tus sentidos internos te permitirá hacerlo.

16.—PIDE á los santos de la tierra los secretos que retienen para

La inteligencia es imparcial: ningún hombre es tu enemigo; ningún hombre es tu amigo. Todos ellos son tus instructores por igual. Tu enemigo viene á ser un misterio que tienes que resolver, aun cuando tengas que invertir siglos en ello porque es de todo punto necesario que el hombre sea comprendido. Tu amigo viene á ser una parte de tí mismo, una extensión de tí mismo, un enigma difícil de descifrar. Una cosa tan sólo existe que sea más difícil de conocer: esta cosa es tu propio corazón. Antes de que se hayan alojado los lazos de la personalidad, no se puede empezar á vislumbrar el profundo misterio del yo. Antes de que te hayas separado de la personalidad, no será ésta revelada á tu entendimiento. Entonces, y no antes, podrás hacerte dueño de ella y guiarla. Entonces, y no antes, podrás servirte de todas sus fuerzas, y consagrarlas á un uso que merezca la pena.

11.—OBSERVA con la mayor atención posible tu propio corazón.

12.—PORQUE al través de tu propio corazón viene la luz única, que ilumina la vida y la hace clara á tus ojos.

Estudia el corazón de los hombres, á fin de conocer lo que es el mundo en que vives y del cual pretendes ser una parte. Observa la vida que te rodea, en continuo movimiento, en transformaciones incesantes, porque son los corazones de los hombres los que la constituyen; y á medida que aciertes á comprender su constitución y su significado, gradualmente irás siendo capaz de leer la palabra más grande de la vida.

13.—LA palabra no viene más que con el conocimiento. Alcanza el conocimiento, y alcanzarás la palabra.

NOTA.—Es imposible que ayudes á los demás mientras que tú mismo no hayas llegado á una determinada certeza. En cuanto hayas aprendido las veinte y una primeras reglas, y hayas entrado en el Templo del Saber, desarrolladas ya tus fuerzas, y libre tu sentido interno, entonces descubrirás que en tí existe un manantial de donde brota la palabra.

Después de la regla décima tercera, no puedo añadir una sola palabra á lo que ya se ha escrito.

Yo te doy mi paz. \triangle

Estas reglas están escritas únicamente para aquellos á quienes yo doy mi paz, aquellos que pueden leer lo que llevo escrito con su sentido interno lo mismo que con el externo.

14.—HABIENDO adquirido el uso de los sentidos internos, habiendo dominado los deseos de los sentidos externos, habiendo subyugado los deseos del alma individual, y habiendo obtenido el conocimiento, prepárate desde ahora, oh discípulo, para entrar realmente en el camino. El Sendero se ha encontrado ya: dispónete á recorrerlo.

15.—PIDE á la tierra, al aire y al agua los secretos que guardan para tí. El desarrollo de tus sentidos internos te permitirá hacerlo.

16.—PIDE á los santos de la tierra los secretos que retienen para

tí. El dominio de los deseos de tus sentidos externos te dará el derecho de hacerlo.

17.—PIDE al íntimo, al uno, su secreto final, que guarda para tí en el transecurso de los tiempos.

La grande y difícil victoria, la sumisión de los deseos del alma individual, es obra de siglos; no esperes, pues, recibir por ello la recompensa antes de que se hayan acumulado siglos y siglos de experiencia. Cuando es alcanzado el tiempo de aprender esta regla décima séptima, el hombre está próximo á ser más que un hombre.

18.—EL conocimiento que en la actualidad posees, es tuyo únicamente porque tu alma se ha identificado con todas las almas puras y con el íntimo. Es el Altísimo el que te ha investido con su confianza. Abusa de la misma, emplea mal tus conocimientos, ó descuidalos, y es todavía posible que caigas del elevado rango á que has llegado. Algunos de los más aventajados caen en el mismo umbral, incapaces de resistir el peso de su responsabilidad, é incapaces de adelantar un paso más. Así pues, haz que no se acerque el crítico momento sin que te sientas poseído de un magestuoso terror, y sin que estés dispuesto para el combate.

19.—ESTÁ escrito que, para aquel que se halla en los umbrales de la divinidad, no hay ley alguna, ni puede haber guía tampoco.

Sin embargo, para iluminar al discípulo la lucha final puede expresarse en estos términos:

Aférrate á lo que no tiene ni substancia, ni existencia.

20.—No prestes oído más que á la voz que es insonora.

21.—No mires más que lo que es invisible así al sentido interior como al exterior.

La paz sea contigo



LA RELIGION VÉDICA

Por su génio organizador, el gran iniciador de los Arias había creado en el centro del Asia, en el Irán, un pueblo, una sociedad, un torbellino de vida que debía resplandecer en todo sentido; y así fué que las colonias de los Arias primitivos se esparcieron en el Asia y en Europa llevando con ellos sus costumbres, sus cultos

y sus dioses. De todas ellas la rama proveniente de los Arias de la India es la que más se acerca á los Arias primitivos.

Los libros sagrados de los Indios, los Vedas, tienen para nosotros un triple valor. Primeramente nos conducen al foco de la antigua y pura religión ária de la cual los himnos allí contenidos son los brillantes rayos; enseguida, nos dán la llave de la India; y, por último, nos muestran una primera cristalización de las ideas madres de la doctrina esotérica y de todas las religiones árias. (1)

Aquí nos limitamos á hacer una breve reseña de la envoltura exterior y del núcleo de la religión védica.

Nada tan simple y tan grande como esta religión en la cual un profundo naturalismo se mezcla á un espiritualismo transcendente. Antes de aparecer el día, un hombre, un jefe de familia, se vé de pié ante un altar de tierra encima del que arde el fuego encendido con dos trozos de madera. En su función, este jefe es á la vez padre, sacerdote y rey del sacrificio. Mientras que la aurora va apareciendo, dice un poeta védico, «como una mujer que sale del baño y que ha tejido la más bella de las telas», el jefe pronuncia una oración, una invocación á Usha (la Aurora), á Savitri (el Sol) y á los Asuras (espíritus de vida). La madre y los hijos vierten el licor fermentado de la asclépiá, el *sóma*, en *Agni*, el fuego; y la llama que se eleva conduce hácia los dioses invisibles la oración purificada que sale de los labios del patriarca y del corazón de la familia.

El estado de alma del poeta védico se encuentra igualmente alejado del sensualismo helénico (hablo de los cultos populares de la Grecia, y no de la doctrina de los iniciados griegos), que se representa á los dioses cósmicos con hermosos cuerpos humanos, y del monoteísmo judío que adora al Eterno sin forma presente en todas partes. Para aquél, la naturaleza se parece á un transparente velo detrás del cual se mueven las fuerzas imponderables y divinas, que son las que invoca, que adora, que personifica, pero sin dejarse engañar por sus propias metáforas. Para él Savitri, el sol, es sólo la representación de Vivasvat, la potencia creadora de vida que anima al sol y que mantiene el sistema solar; Indra, el di-

(1) Los brahmanes consideran á los Vedas como sus libros sagrados por excelencia, en los que encuentran contenida la ciencia de las ciencias. La palabra *Veda* significa *Saber*. Nuestros eruditos europeos han sido atraídos con razón hacia esos textos por una especie de fascinación. Primero han visto en ellos una poesía patriarcal; después han descubierto no sólo el origen de los grandes mitos indo-europeos y de nuestros dioses clásicos, sino además un culto sablamente organizado y un profundo sistema religioso y metafísico. El porvenir les reserva, todavía, una última sorpresa: la de encontrar en dichos libros la definición de las fuerzas ocultas de la naturaleza que la ciencia moderna va en camino de volver á descubrir.

vino guerrero que sobre su dorado carro recorre la bóveda celeste, lanza el rayo y hace reventar las nubes, personifica la potencia de ese mismo sol en la vida atmosférica, en «el gran transparente de los aires.» Cuando invocan á Varuna (el Urano de los Griegos), el diós del cielo inmenso, luminoso, que encierra todo, los poetas védicos se elevan todavía más. «Si Indra representa la vida activa y militante del cielo, Varuna representa la inmutable majestad. Nada iguala á la magnificencia de las descripciones que hacen de él los Himnos. El sol es su ojo, el cielo su vestido, el huracán su soplo. Es él quien ha establecido sobre bases incommovibles el cielo y la tierra y quien los mantiene separados. Todo lo ha hecho y todo lo conserva, sin que nada sea capaz de commover sus obras. Nadie lo penetra, pero él sabe y vé todo lo que es y lo que será. Desde las alturas del cielo donde reside en un palacio de mil puertas, distingue la huella de los pájaros en el aire y la de las naves sobre las olas, y es desde allá, desde lo alto de su trono de oro con cimientos de acero, que contempla y juzga las acciones de los hombres. Él es el mantenedor del orden en el universo y en la sociedad; castiga al culpable; es misericordioso con el hombre que se arrepiente; y es por eso que hácia él es que se eleva el grito de angustia del remordimiento, y ante su faz el pecador vá á descargar el peso de su falta. Con Varuna, descende á las profundidades de la conciencia y realiza la noción de la santidad. Agreguemos que ella se eleva á la pura noción de un Dios único que penetra y domina al gran Todo.

Sin embargo las imágenes grandiosas que, como ríos generosos, los himnos desarrollan en continuas oleadas, no nos ofrecen sino la cubierta exterior de los Vedas. Con la noción de Agni, del fuego divino, tocamos el núcleo de la doctrina, su fondo esotérico y trascendente. En efecto, Agni es el agente cósmico, el principio universal por excelencia. «No es solamente el fuego terrestre del relámpago y del sol. Su verdadera patria es el cielo invisible, místico, mansión de la eterna luz y de los primeros principios de todas las cosas. Sus nacimientos son infinitos, sea que brote del trozo de madera donde duerme como el embrión en la matriz, sea que, «Hijo de las ondas», se lance, con el ruido del trueno, desde los ríos celestes, donde los Acvins (los caballeros celestes) lo han engendrado. El es el *primogénito de los dioses*, pontífice en el cielo como sobre la tierra y oficia en la morada de Vivasvat (el cielo ó el sol) mucho antes que Matharicvã (el relámpago) lo hubiese traído á los mortales y que Atharvan y los Angiras, los antiguos sacrificadores, lo hubiesen instituido en el planeta como el protector, el huésped y el amigo de los hombres. Amo y generador del sacri-

आधीणः
 निवारस्त
 माथरिष
 आथर्व

fielo, Agni viene á ser el conductor de todas las especulaciones místicas de las que el sacrificio es el objeto; *engendra los dioses*, organiza el mundo, produce y conserva la vida universal; en una palabra, *él es potencia cosmogónica*.

«Sôma^k es el opuesto de Agni. En realidad es el brevaje de una planta fermentada vertido en libación á los dioses en el sacrificio. Pero, como Agni, tiene una existencia mística. Su residencia suprema está en las profundidades del tercer cielo, donde Surya^{xx}, la hija del sol, le ha filtrado, donde lo ha encontrado el dios Pushan, y de donde el Halcón, un símbolo del relámpago, ó Agni mismo, han ido á arrebatarlo al Arquero celeste, al Ghandarva[†] su guardián, para traerlo á los hombres. Los dioses lo han bebido y se han hecho inmortales y los hombres lo serán á su turno cuando lo beban en Yama, en la mansión de los dioses. Mientras tanto, les da aquí en la tierra el vigor y la plenitud de los días; es la ambrosía y el agua de Juvencio. Nutre, penetra las plantas, vivifica el jugo generador de los animales, inspira al poeta y dá todo su impulso á la oración. *Alma del cielo y de la tierra, de Indra y de Vishnu forma con Agni una pareja inseparable, pareja que ha encendido el sol y las estrellas (1).*

La noción de Agni y de Sôma contiene los dos principios esenciales del universo según la doctrina esotérica y según toda filosofía viva. Agni es el *Eterno-Masculino*, el intelecto creador, el Espíritu puro; Sôma el *Eterno-Femenino*, el Alma del mundo ó substancia etérea, matriz de todos los mundos visibles é invisibles á los ojos de carne, la Naturaleza, en fin, ó la materia sutil en sus infinitas transformaciones (2). La unión perfecta de esos dos seres constituye el Ser supremo, la esencia de Dios.

De estas dos ideas capitales brotó una tercera, no menos fecunda. Los Vedas hacen *del acto cosmogónico un sacrificio perpetuo*. Para producir todo lo que existe, el Ser supremo se inmola á sí mismo; se divide para salir de su unidad, sacrificio que es considerado como el punto vital de todas las funciones de la naturaleza. Esa idea sorprendente en el primer momento, muy profunda cuando sobre ella se reflexiona, contiene en gérmen toda la doctrina teosófica de la evolución de Dios en el mundo, la síntesis esotérica del politeísmo y del monoteísmo, y dará nacimiento á la doctrina dionisiaca de la caída y de la redención

(1) Barth. *Las religiones de la India*.

(2) Lo que prueba que Sôma representaba el principio femenino absoluto, es que los brahmanes lo identificaron más tarde con la luna, simbolizando la luna el principio femenino en todas las religiones antiguas, como simboliza el sol el principio masculino. } अकस

* सोम
 -- सुर्य
 † घण्टर्व

de las almas que se ensanchará en Hermes y en Orfeo^{**}. De allí brota la doctrina del verbo divino proclamada por Krishna† y cumplida por Jesucristo.

El sacrificio del fuego con sus ceremonias y sus oraciones, centro inmutable del culto védico, viene á ser así la imágen de ese gran acto cosmogónico. Los Vedas atribuyen una importancia capital á la oración, á la fórmula de invocación que acompaña al sacrificio, y es por eso que hacen de la oración una diosa: Brahmanaspati. La fé en el poder evocador y creador de la palabra humana, acompañada del poderoso movimiento del alma ó de una intensa proyección de la voluntad, es la fuente de todos los cultos y la razón de la doctrina egipcia y caldea de la magia. Para el sacerdote védico y brahmánico, los Asuras, los señores invisibles, y los Pitris ó almas de los antepasados van á sentarse sobre el césped durante el sacrificio, atraídos por el fuego, los cantos y la oración. La ciencia que se relaciona con este aspecto del culto es la de la gerarquía de los espíritus de todo orden.

En cuanto á la inmortalidad del alma los Vedas la afirman tan alta y claramente como es posible. «Hay una parte inmortal del hombre, y es á ella ¡oh Agni! á la que es necesario calentar con tus rayos, inflamar con tus fuegos. Oh Yatavedas, en el cuerpo glorioso, formado por tí, transpórtala al mundo de los piadosos.» Los poetas védicos no indican solamente el destino del alma, sino que se inquietan también respecto de su origen. «¿En dónde ha nacido el alma? Ellas vienen hácia nosotros y se van, se van y vuelven á venir.» He aquí en dos palabras la doctrina de la reencarnación que jugará un rol capital en el brahmanismo y en el buddismo, entre los Egipcios y entre los Orficos, en la filosofía de Pitágoras y en la de Platón, el misterio de los misterios, el arcano de los arcanos.

¿Cómo no reconocer después de esto en los Vedas las grandes líneas de un sistema religioso orgánico, de una concepción filosófica del universo? No hay solamente allí la intuición profunda de verdades intelectuales anteriores y superiores á la observación, hay además unidad y amplitud de vista en la comprensión de la naturaleza, en la coordinación de sus fenómenos. Como un bello cristal de roca, la conciencia del poeta védico refleja el sol de la eterna verdad, y en ese prisma brillante se derraman ya todos los rayos de la teosofía universal. Los principios de esta doctrina permanente son más visibles aquí que en otros libros sagrados de la India y en las otras religiones semíticas ó arias, á causa de la singular franqueza de los poetas védicos y de la transparencia de

ἩΡΜΗΣ

ὈΡΦΕΟΣ

† कृष्ण

esta religión primitiva, tan elevada y tan pura. En esa época, la distinción entre los misterios y el culto popular no existía, pero leyendo atentamente los Vedas, detrás del padre de familia ó el poeta eficiente de los himnos, se apercibe ya otro personaje más importante: el rishi, el sabio, el iniciado, del que él ha recibido la verdad. Se vé así que esta verdad se ha transmitido por una tradición ininterrumpida que remonta á los orígenes de la raza ária.

Vémos al pueblo ário lanzado en su carrera conquistadora y civilizadora, á lo largo del Indo y del Ganges. El génio invisible de Rama, la inteligencia de las cosas divinas, Deva Nahusha, reina sobre él. Agni, el fuego sagrado, circula en sus venas. Una aurora rosada envuelve esa edad de juventud, de fuerza, de virilidad. La familia está constituida, la mujer respetada. Sacerdotiza en el hogar, algunas veces compone y canta ella misma los himnos. «Que el marido de esta esposa viva cien otoños» dice un poeta. Se ama la vida, pero también se cree en su más allá. El rey habita un castillo sobre la colina que domina la aldea. En la guerra trepa sobre un carro brillante, vestido de resplandeciente armadura, coronado con una tiara, refulgente como el dios Indra.

Más tarde, cuando los brahmanes hayan establecido su autoridad, se verá levantarse cerca del palacio espléndido del *Maharaja* ó del gran rey, la pagoda de piedra de donde saldrán las artes, la poesía y el drama de los dioses, mimeado y cantado por las bailarinas sagradas. Por el momento las castas existen, pero sin rigor, sin barrera absoluta. El guerrero es sacerdote y el sacerdote guerrero, y más generalmente servidor oficiante del jefe ó rey.

Pero hé aquí que aparece un personaje de pobre aspecto, de cabellos y barba incultos, cubierto de harapos, semi-desnudo, pero lleno de un glorioso porvenir; es un *muni*, solitario que habita junto á los lagos sagrados, en las salvajes soledades, donde se entrega á la meditación y á la vida ascética. De tiempo en tiempo viene á amonestar al jefe ó al rey, y aunque por lo común se le desobedece ó se le rechaza, se le respeta y se le teme. Ya ejerce un temible poder.

Entre ese rey, sentado sobre su dorado carro, rodeado de sus guerreros, y ese *muni* casi desnudo, sin otras armas que su pensamiento, su palabra y su mirada, habra una lucha, en la cual el formidabile vencedor no será aquél; será el solitario, el mendigo descarnado, porque éste tendrá consigo la ciencia y la voluntad.

La historia de esta lucha es la del brahmanismo como será más tarde la del buddhismo, y ella resume casi toda la historia de la India.

EDUARDO SCHURÉ.

UN SUEÑO REVELADOR

Aún cuando el hecho que á continuación se narra ocurrió en 1891, creemos sin embargo interesante trascribirlo de la *Review of Reviews*, donde se publicó al año siguiente, porque él añade un contingente más al estudio de los fenómenos psíquicos cuyas causas tan claramente nos dan á conocer las ciencias ocultas.

El Reverendo Carlos Denyer, ministro evangelista en Cradock y presidente durante los dos últimos años de su vida de la Unión Bautista en Africa Meridional, murió repentinamente en la calle en la mañana del sábado 23 de mayo de 1891, en momentos en que se dirigía á desempeñar sus deberes religiosos.

M. Denyer había sido discípulo del Reverendo M. Guriers's, en Inglaterra, tenía 34 años poco más ó menos, y era uno de los más dedicados pastores de la colonia.

Dejó una viuda y cuatro hijos, cuya subsistencia quedó asegurada mediante una suscripción pública que dió muy buenos resultados. La ciudad en la que habito, está á mucha distancia de Cradock y en mi iglesia vive el hermano de M. Denyer, joven de 25 años de edad, empleado en una compañía de minas de Beers y cuyo nombre es James. Posee una salud robusta, siendo su carácter sumamente recto, por lo que su palabra es digna de toda fé.

James había pasado trabajando toda la noche, el día en que su hermano murió.

PRIMER SUEÑO

El jueves 21 de mayo por la mañana, entre las siete y las nueve, soñó que estaba en un salón donde se encontraba muerto su hermano, oyendo los pesados pasos de un hombre que se aproximaba hácia él. Salió, dirigiéndose al corredor, y vió á varios empleados de pompas fúnebres que arreglaban un cuerpo que inmediatamente reconoció como el de su hermano.

SEGUNDO SUEÑO

El viernes 22 de mayo, también por la mañana, tuvo el mismo sueño, con el agregado de que se dirigió hasta el gabinete de trabajo de su hermano, gabinete que se encontraba del otro lado del corredor, y allí vió á aquél extendido dentro de un féretro.

TERCER SUEÑO

El sábado por la mañana, día en que el cadáver de su hermano estaba rodeado de gente, soñó que había millares de personas en la casa de éste; que él era el único pariente que se encontraba allí; que fueron todos á la iglesia donde se celebró un servicio fúnebre y enseguida al cementerio, al que reconoció perfectamente en su sueño. Ese día, más tarde, M. James Denyer, se preparaba para ir á sus quehaecres, cuando M. R. Archibald, marido de una prima hermana del pastor en cuestión, recibió un telegrama en el que se le pedía anunciase á aquél el fallecimiento repentino del reverendo Carlos Denyer, ocurrido á las 10 y 30 minutos de la mañana.

Cuando M. Archibald recibió la noticia, era en momentos en que se disponía á pagar á sus obreros y no podía en ese instante abandonar dicha ocupación, viéndose por tal causa obligado á enviar la dolorosa nueva por uno de sus empleados.

Al ver á éste M. James le dijo: «Ya sé para lo que habéis venido; mi hermano ha muerto y venís á anunciármelo».

El mensajero respondió: «Desgraciadamente tengo el sentimiento de deciros que no os habéis engañado; vuestro hermano acaba de morir súbitamente».

Mr. James tomó el mismo día el tren y llegó á Cradock el domingo á las ocho de la mañana. De la estación se dirigió directamente á su casa, entró en su gabinete y encontró perfectamente realizado su sueño. La visión, que tuvo lugar antes de la muerte de su hermano, era exacta en todos sus detalles.

El joven en cuestión habita en Kimberley y he hecho conocer su dirección á mis numerosos lectores, pues pienso que tales hechos deben ser conocidos de aquéllos que se interesan en la *Review of Reviews*, cuyo Director, Mr. Shea, es un investigador y un profundo observador.

Ahora, Señor, servíos explicarme el significado de todo esto, que no es ciertamente la obra de un estómago enfermo ni de un hígado en mal estado.

¿No habrá detrás de este asunto una ciencia cuyo estudio se ha descuidado?

¿No habrá voces del otro mundo que quieren descorrernos un velo para hacernos comprender cosas desconocidas?

Creedme vuestro sincero amigo.

JAMES HUGUES,
Miñstro Evangelista.

APOLONIO DE TIANA ⁽¹⁾

Pocos entre los grandes filósofos del mundo antiguo, tienen tanto derecho á la atención de los estudiantes de Teosofía, como el filósofo pitagórico Apolonio de Tiana, de quien han formado una opinión general tan errónea historiadores no teosóficos. El historiador ordinario ha pasado desdeñosamente por alto los anales de la vida y enseñanzas de Apolonio, tales como son en realidad, por la misma razón que el estudiante de Teosofía les concede la mayor importancia. Las maravillosas narraciones que se han hecho de Apolonio, inspiran al materialista moderno la creencia de que debió ser un impostor que esplotaba la credulidad de sus secuaces. Estas mismas narraciones siguieron á las mentes iluminadas con la luz de la ciencia oculta, la idea de que no solamente debió haber sido un poderoso genio intelectual—como lo prueban los simples hechos externos de su vida—sino tambien un Iniciado de la Gran Fraternidad, uno de los últimos á quienes fué permitido—en razón á que el mundo se hundía gradualmente en el materialismo en que debía sumergirse, para que llegase á su máximun de desarrollo la ciencia física—usar públicamente sus poderes de Adepto, produciendo resultados que la común ignorancia reputaba milagrosos. La aureola de estas proezas ha deslumbrado ó perturbado el juicio de las generaciones posteriores; y el significado de la vida en que ocurrieron, así como el valor intelectual y espiritual de su ejemplo, han pasado totalmente inadvertidos para los directores literarios del pensamiento moderno. Por esta falta de vista casi no se les puede censurar; pues hasta el restablecimiento del ocultismo en los últimos veinte años, ningún estudiante moderno de filosofía era dueño de clave alguna para comprender á Apolonio. Se hallaban intelectualmente obligados á tratar los relatos de sus hechos milagrosos como otras tantas fábulas. Aun cuando el carácter de su enseñanza filosófica hubiese podido llamar su atención, estaban justificados al no prestársela sino á otros anales más completos y claros que nos han sido legados por otros expositores del mismo sistema filosófico. En resumen, nos estaba reservado á los teosofistas, entre las generaciones presentes, el comprender el verdadero valor de la historia grandemente interesante que me propongo examinar.

El punto principal, debo declarar desde luego, que se halla en nuestra comprensión del adepto. Todos los teosofistas compren-

(1) Transcrito de la Revista Teosófica Española «Sophia».

den ahora seguramente, lo que desde el principio del restablecimiento moderno se declaró de modo enfático, á saber: que los poderes aparentemente sobrenaturales asociados con el adepto, no son sino circunstancias colaterales propias del gran progreso espiritual, y no un objetivo que por si solo fuese buscado por las personas que lo obtienen. No por esto es menos cierto que la mayor parte de la humanidad moderna concentra su atención, en primer término, en los relatos referentes al mundo oculto, en el misterioso aspecto de poderes que muestran á las jerarquías de ese mundo en posesión del dominio sobre fuerzas naturales de las que nada conoce aún la civilización corriente. Esta actitud mental, como actitud preliminar, no es en modo alguno censurable. Es perfectamente verdad, como con frecuencia se ha afirmado por los críticos de literatura teosófica, que ésta apenas contiene un pensamiento puramente filosófico, ó un fragmento de preceptos morales que no se encuentre en otros sistemas religiosos ó filosóficos, si *no* contamos todos esos pensamientos y conceptos de motivo que provienen del ejercicio de facultades y poderes anormales en la investigación de la naturaleza. Nuestra comprensión teosófica de todo el esquema de la evolución humana, depende del ejercicio de estos recursos. Los teosofistas no tendrían mensaje alguno nuevo para el mundo, si no tuviesen otra cosa que confirmar que la hermosura del altruísmo, ó si expusieran la doctrina de la fraternidad humana, relacionándose meramente á los hechos de la vida dentro de nuestra observación física. Nuestro mensaje para el mundo se refiere principalmente á restablecer el conocimiento concerniente á la posibilidad del progreso humano hácia estados de sabiduría, de poder y de utilidad cósmica, superiores á lo que hasta ahora ha figurado dentro del círculo de las aspiraciones humanas. Toda la purificación ó toda la luz que deseamos infundir en las religiones corrientes, tienen por objeto último el mejor esclarecimiento de esta idea. No hay una base de la vida y del deber diarios á la que esta idea no pueda iluminar de algún modo; y no podrá continuar el progreso general del mundo, hasta que las gentes no hayan comprendido la necesidad de suponer que las energías de la naturaleza se mantienen dentro de los límites á que las confinan las creencias civilizadas convencionales que de ellas se tienen. La comprensión del carácter y recursos de la sabiduría del Adepto, hállese, efectivamente, en la raíz del verdadero progreso espiritual para la mayor parte de los hombres de hoy día. Aquí y acullá la devoción pura puede llevar á algunos á una apreciación intuitiva de la verdad, ó mejor dicho, puede dotar á unos pocos de una fé vasta é indefinida, que les asegura oportunidades, cada vez más provechosas en vidas posteriores, de adquirir un cono-

cimiento más completo; pero para la mayor parte de los pensadores, en esta época del pensar positivo y del progreso constante desde un punto á otro, solamente cuando el Adeptado se haya hecho creíble, es cuando la enseñanza espiritual superior, que proviene del conocimiento del Adepto, adquirirá la debida influencia como factor imperante en la vida del mundo civilizado moderno.

Este breve exordio me ha parecido necesario como introducción al estudio de la vida de Apolonio de Tiana. Que en todo caso se hallaba en el sendero hácia el Adeptado—sin que intentemos determinar su puesto exacto en la jerarquía—es un hecho sobre el cual tengo seguridades, así lo creo, completamente ajenas al testimonio de la historia antigua. Una clave de esta naturaleza es una ayuda para desenredar una madeja de pruebas algún tanto enmarañada; pues el testimonio histórico referente á Apolonio, depende principalmente de los diarios de su abnegado partidario Damis; pero no por completo, sin embargo, pues como veremos pronto fué mencionado — siempre con inmenso respeto — por diversos escritores contemporáneos ó casi contemporáneos, si bien debemos á Damis los detalles de su vida, aventuras y proezas; y como Damis era devoto en absoluto de su amado Maestro, bueno es saber, aparte de su testimonio, que su entusiasmo, por regla general, estaba ampliamente justificado.

Apolonio nació en Tiana, Capadocia (provincia del Asia Menor), hacia el año 1.^o de nuestra Era. La fecha ha sido naturalmente subjetiva, y por desgracia para la apreciación correcta de su vida y enseñanza, algunos escritores han querido representarle como un « Cristo Pagano », según el título de un libro escrito sobre él por el francés A. Réville. Su memoria ha sido así envuelta en el celo iracundo con que los campeones ortodoxos han defendido el carácter único de la encarnación cristiana. El cardenal Newman, en nuestro propio tiempo, ha tomado parte en esto sin cuidarse gran cosa de la cuestión de los hechos. Así dice en una *Vida de Apolonio*, muy poco recomendable como relato imparcial:

La reputación de Apolonio ha sido elevada muy por encima de sus méritos personales por los esfuerzos hechos para presentarle como rival del autor de nuestra religión. Su vida fué escrita con este objeto cosa de un siglo después de su muerte.

Semejante idea no pasó por la mente del escritor de su vida; pero siglos después, es verdad, que escritores anticristianos han hecho uso de la historia de Apolonio, publicada un siglo después, para ridiculizar la necia teoría de los escritores cristianos, de que los milagros del Nuevo Testamento eran únicos.

En 1680, un escéptico inglés, Charles Blount, que parece haber sido un volteriano antes de Voltaire, un agresor ingenioso y sarcástico de las creencias establecidas, se tomó el trabajo de traducir los primeros dos libros de la *Vida de Apolonio* de Filostrato, añadiendo notas cuidadosas suyas á cada capítulo. En su prefacio dice:

Abora bien; en cuanto á mí, estoy tan lejos de compararlo (á Apolonio) con nuestro bendito Salvador, ó de dar crédito á otros nuevos milagros, que lo que le pido á Dios diariamente es que me conceda la fé suficiente para creer los antiguos.

Y con sátira aún más incisiva prosigue un poco más adelante:

En todas ocasiones prenderé mi fé de la manga de mi Señor de Canterbury. Por tanto, si el clero considera que Apolonio fué un bandido y un jugador de manos, que levantándose de entre los muertos es uno de los principales fomentadores de la conspiración papista, ó que nunca ha existido, acepto lo que ellos quieran con todo mi corazón, pues prefiero con mucho que desmerezca él en su reputación á que un grave cardenal, con su larga barba y el *Ha* excomulgador, me haga quemar como hereje.

El libro de Blount, sin embargo, no es tal que valga la pena de que nos ocupemos de él. Ya hemos dejado muy atrás el deseo de empequeñecer los anales cristianos. Nos hemos elevado á una atmósfera mental donde todo el sistema cristiano, al ser interpretado por un pensamiento esclarecido, se fortifica y fortalece por el amplio punto de vista de la evolución espiritual que proporciona el estudio oculto. El fanatismo ignorante de una edad primitiva, representada todavía por las multitudes que nos rodean indujo á las iglesias ortodoxas á despreciar todos los anales semejantes; pero una apreciación creciente de la idea de que la verdad esencial se ha presentado al mundo en diferentes regiones y en distintas épocas, bajo sistemas muy diversos de simbolismo religioso, hace al filósofo moderno tolerante hasta con el sacerdote, despojado ya de sus tenazas calentadas al rojo y de los demás medios de tormento, y más aquietado respecto á la hermosa expresión de la verdad que de modo tan duro ha caricaturado durante muchos siglos.

Antes de seguir comentando, sin embargo, la literatura moderna que se ha aglomerado alrededor de la figura de Apolonio (para hacerla confusa más bien que para esclarecerla), bien podemos revisar el sincero relato de su vida que nos hace Filostrato—el escritor á quien el Cardenal Newman representa absurdamente

tratando de subvertir el Cristianismo, antes de que hubiese ningún cristianismo visible que pudiese ser subvertido. Flávio Filostrato fué un escritor prolífico del siglo II, á quien Julia Domna, esposa de Septimio Severo, encomendó la tarea de recojer todos los informes que pudiese obtener sobre Apolonio. Julia era una protectora ardiente de la literatura, y coleccionadora de libros y manuscritos. Adquirió el que, al parecer, era un manuscrito único, el diario de Damis, el fiél y abnegado discípulo de Apolonio. Filostrato se valió de este diario así como de todos los demás escritos referentes á Apolonio que pudo conseguir, y visitó los principales sitios en que aquél vivió y enseñó. Finalmente, escribió una biografía muy completa en un concepto, y muy deficiente en otro. Nos presenta los hechos externos de su vida en série bastante bien ordenada, pero refleja la enseñanza filosófica de Apolonio de un modo muy débil y poco satisfactorio. Filostrato es poco culpable de esto último, pues no tenía otros materiales de qué valerse al ocuparse de la enseñanza, que las memorias de Damis. Y Damis, si bien era evidentemente el discípulo más amante y entusiasta, carecía á todas luces de fuerza intelectual. Sus anales de los hechos externos, de la impresión que Apolonio hacía en la gente que trataba, tienen todas las señales de una fiél sinceridad. Sus tentativas para reproducir conversaciones y compendiar los discursos filosóficos pronunciados en innumerables ocasiones por su adorado maestro, son lamentablemente deficientes. Si Apolonio no hubiera tenido que decir más que lo que Damis refiere que dijo, nunca hubiera producido entre sus contemporáneos los profundos efectos que Damis le atribuye. Verdaderamente puede afirmarse de modo terminante, y reconocerse, que si Apolonio no hubiese sido un filósofo mucho más grande que lo que Damis lo representa, nunca hubiera ganado el amor y la reverencia que Damis le tenía.

Mientras tanto, tenemos una clave para apreciar lo que debió haber sido la enseñanza de Apolonio. Era por completo y sin reservas partidario de la escuela de Pitágoras; y con los anales que tenemos de la filosofía pitagórica, podemos, hasta cierto punto, reproducir las lecciones que faltan de su ulterior representante.

Apolonio pertenecía á una familia influyente de Capadocia, y heredó abundante fortuna, la mayor parte de la cual, ciertamente, cedió á sus parientes, pero nunca se halló en circunstancias humildes. Fué educado en Tarsis, y á medida que crecía, se le iban haciendo insoportables las frívolas costumbres de la sociedad que le rodeaba—«mofadores insolentes», dice Filostrato, «dados á los placeres y apasionados de las vestiduras fastuosas»;—y así, des-

pués de algún tiempo, y con el permiso de su padre, se fué á Aegae, donde entró en un templo de Esculapio. Su maestro allí era un filósofo epicúreo; pero á pesar de esto, obedeciendo á un impulso interno, convirtióse aun en esta temprana edad de su vida en un devoto partidario de la doctrina mucho más severa de Pitágoras. Las curas que llevó á efecto en el templo de Esculapio, llamaron la atención universal, y lo que de ellas refiere Filostrato, se asocia con relatos del conocimiento clarividente respecto de sus pacientes que Apolonio exhibía.

La muerte de su padre ocurrió cuando él todavía estaba en el templo. Marchó á Tiana á arreglar sus asuntos, cedió la mayor parte de su herencia á sus parientes, y volvió por algún tiempo al templo. Luego entró en la extraña prueba prescrita por Pitágoras á sus discípulos: los cinco años de silencio.

Nada se sabe respecto del sitio, ni modo como murió. Cuando llegó el tiempo en que, á lo que parece, se preparaba para marchar, envió fuera á Damis con una comisión cualquiera, y aquí—dice Filostrato—termina su historia.

Respecto al modo de su muerte, si es que murió, son diversos los relatos. Damis no dice ni una palabra de ello; pero como quiero completar mi historia, no puedo pasar este punto en completo silencio. De su edad no dice Damis nada, pero algunos creen que tenía unos noventa años, y otros dicen que su edad excedía de ciento.

Los escritores modernos, al tratar de la vida de Apolonio, se han fundado en la historia de Filostrato, principalmente por lo que á sus hechos se refiere; pero mucha parte del testimonio corroborativo referente á la alta estimación en que le tenían sus contemporáneos se deriva de otros autores. Algunos escritores ortodoxos cristianos, supodiendo neciamente que sus propias opiniones serían corroboradas por el desdoro de la rivalidad imaginaria que se le atribuía, han negado temerariamente esto. Un escritor eclesiástico francés, Dupin, se aventuró á decir que Apolonio no dejó partidarios, y que tan pronto murió fué olvidado. Un autor más razonable, Logrand d'Aussy, replica:

Estas acusaciones son falsas. El testimonio de Dion, de Lampridio, de Vopisco, los escritos de Hiérocles, de Eusebio, de Lactancio, de San Agustín, de Crisóstomo, de Agustino, de Jerónimo, de Sidonio, etc.; los templos en que se honraba á Apolonio... atestiguan cuán inmensa y universal era su fama mucho tiempo después de su muerte. Verdaderamente, antes que su vida fuera escrita por Filostrato, Luciano y Apuleio, escritores mundanos satíricos, poco inclinados á la religión y muy poco crédulos en lo referente á milagros, lo clasificaban

en el número de los encantadores célebres. Pero esta misma clasificación prueba cuán asombrosos aparecían sus prodigios en la opinión pública. Además, antes que Filostrato escribiese, Caracalla le había honrado con homenajes divinos. San Agustín discurrió acerca de los hechos sobrenaturales que se le veía ejecutar diariamente, y hablando de una de sus estatuas, se refirió á sus poderes sobrenaturales, diciendo que los profetas y apóstoles jamás poseyeron ninguno que se les pareciese.

Un curioso incidente, al que podemos prestar la importancia que requiere, se refiere en la memoria de Vopisco sobre el Emperador Marco Aurelio. Las enseñanzas éticas del gran filósofo imperial están tan eminentemente ligadas con su nombre, que la mayor parte de la gente olvida que él, lo mismo que otros jefes romanos, tuvo su parte de combates. Cuando una vez conquistada Bitinia condujo su ejército á través de la Capadocia, fué detenido por la resistencias de Tiana. Declaró que la ciudad sería completamente destruída, pero tuvo una visión en su tienda. Apolonio se le apareció y le dijo: «Aurelio, si quieres reinar con gloria, sé misericordioso. Si deseas vencer, no derrames la sangre de mis compatriotas.» Los soldados estaban ansiosos de ejecutar el primer decreto, pero Aurelio los contuvo. Vopisco declara su creencia en el relato, diciendo de Apolonio: «¿Dónde existe entre los hombres uno más santo, más sagrado y divino que él? Se ha levantado de entre los muertos y ha hecho otras cosas sobrenaturales. Si vivo, y si se digna permitirlo, escribiré la historia de este grande hombre.»

Lampridio, historiador contemporáneo de Vopisco, menciona una capilla, en la que Alejandro Severo guarda retratos de los mejores Emperadores y personas de reputación santa. El retrato de Apolonio se hallaba entre ellos.

El autor francés que antes he citado — Legrand d'Aussy — fué originariamente jesuita, pero escribe desde el punto de vista agnóstico, y al paso que expresa la más elevada opinión acerca de los derechos de Apolonio al respecto como un gran maestro filosófico, rechaza los relatos taumatúrgicos como increíbles por su naturaleza. Otro escritor francés sobre el asunto, A. T. de Chassang, es evidentemente un espiritualista por convicción, y arguye en pro de la realidad objetiva de los milagros. Indica que hasta los primeros cristianos, antagonistas de Apolonio, no los consideraban de otro modo. Hiérocles, un escritor anticristiano, y perseguidor de los cristianos en el siglo V, sostenía que los milagros de Apolonio eran ejecutados por medio de poderes divinos. Eusebio le contesta, pero ni por un momento niega que los milagros no hubiesen ocurrido; sólo los atribuye á encantamientos malignos. A una generación posterior

era á la que le estaba reservado el rechazar con desdeñosa sonrisa las afirmaciones de los testigos presenciales de los hechos, fundándose en la presunción de que el conocimiento moderno de la naturaleza y del universo es demasiado completo para dejar lugar á posibilidades de cualquier hecho que no pueda explicar.

Especialmente por lo mucho que puede contribuir á hacer que los pensadores modernos desistan de tan necia presunción, me ha parecido la vida de Apolonio digna de ser atentamente estudiada. El progreso del mundo en el estudio de su propia evolución, depende de lo que alcance á darse cuenta de la posibilidad de la relación conciente entre la criatura humana en el cuerpo y los planos superiores de la naturaleza en que residen las potencialidades de su evolución más elevada. Todo el impulso del movimiento teosófico es mal comprendido por los que imaginan que puede llenar su objeto tan sólo en virtud de su dignidad ética. A menos que obtengamos una nueva posición y lleguemos á conocer algo acerca de otras fases de la existencia, no podemos incluir en nuestras vidas ese inteligente propósito de la voluntad que es esencial para el desenvolvimiento ulterior; y no podremos nunca saber nada de tales materias hasta que sean comprendidos los métodos, recursos y objeto de la investigación suprafísica. Para unas pocas personas entre nosotros durante los últimos veinte años, la experiencia ha ensanchado los conocimientos en esta dirección; y para muchos más esa experiencia ha sido de gran valor, aun cuando de segunda mano. Pero el mundo en general no se ha emancipado todavía de su antigua, estrecha y supersticiosa creencia del vacío de la naturaleza más allá del límite de la percepción de su vista. Pruebas, pruebas y más pruebas es todo lo que podemos dar ahora para el cultivo de sus intuiciones superiores. Quizá no esté lejano el tiempo en que ciertas reglas y métodos, que evidentemente no estaban en vigor en los días de Apolonio, ó que de algún modo se hallaban entonces en suspenso, serán nuevamente relajadas en el sentido de que tales demostraciones de poderes ocultos como las que él hizo, pueden ser otra vez eficaces para la educación de las generaciones próximas. Pero estando pendiente esa época más libre, ya que no podemos disponer del método mejor de animar al estudiante espiritual, nos contentaremos con llamar su atención hácia el más aparente de que se dispone y que tiene á su alcance. A través de las vidas de los ejecutores de maravillas del pasado, colectivamente, vése fluir una poderosa corriente de pruebas hasta ahora desatendida. Como sucede respecto de Pitágoras, los escritores modernos han suprimido á menudo todo esto con la intención más cortés. Han creído que no estaba á la altura de la dignidad de un filósofo el

andar mezclado con relatos de «embustres» ó «imposturas.» No se les ha ocurrido á los escritores modernos que los poderes ó facultades anormales atribuidas al filósofo, han sido realmente, en tales casos, el sello y la garantía de su grandeza filosófica. Pero para el lector moderno la expresión del sistema adoptado ha sido que cada hilo que habla en la gran cuerda que hubiera podido estar ya torcido con ella, haciendo imposible la negación de las posibilidades del poder oculto, ha sido seguido de cada vida y descartado de la misma, hasta el punto de que el mundo en general ignora por completo el hecho de que semejante cuerda ha podido tener realidad, si se hubiese seguido un sistema distinto.

En todo caso, en esta vida de Apolonio tenemos un hilo muy importante de la cuerda; un hilo que continúa tan fuerte como siempre, aun cuando ha permanecido tanto tiempo sin uso. La significación de la historia que he referido brevemente, debiera ser impresa en la atención del mundo en general fuera del círculo de la Sociedad Teosófica, pero mientras tanto, como para los teosofistas encierra tan gran interés, me he decidido en todo caso á tratar desde luego el asunto, relacionándolo con la serie de «Transacciones», las cuales han llegado ya á tener el privilegio de expresar otros tantos grados del progreso en el conocimiento teosófico.

A. P. SINNETT,

EJEMPLO DIGNO DE IMITARSE

En el número de la *Revue Theosophique Française*, *Le Lotus Bleu*, correspondiente al mes de diciembre último, encontramos la siguiente noticia que nos apresuramos á transcribir por la importancia que el hecho que refiere tiene para la causa de la Sociedad Teosófica, dejando al lector los comentarios:

«El Departamento de Instrucción Pública, en Suiza, penetrado sin duda de los deberes que incumben á los gobernantes, parece haber querido poner al pueblo suizo en condiciones de darse cuenta de lo

que es la teosofía, esta gran doctrina que, lenta pero seguramente, está en vías de invadir al mundo...

«La Suiza, hácia la época del Congreso teosófico internacional, había solicitado de la Sra. Annie Besant el que se hiciese escuchar en Ginebra, en octubre ó noviembre, pero ésta debía encontrarse forzosamente en la India en dicha época y por tal razón fué propuesto y aceptado el Dr. Pascal en su reemplazo.

«Muchas conferencias teosóficas acaban de ser dadas por nuestro amigo en la mencionada ciudad, desde el 28 de noviembre hasta el 1.º de diciembre inclusive, las dos principales en la gran sala del Aula, que contiene 1800 sillas. En cada una de aquellas conferencias, la sala estaba completamente *llena*, el conferenciante fué escuchado con la más simpática atención y el éxito fué enorme. Todos los diarios de la localidad han publicado largos artículos al respecto, sintiendo nosotros no poder reproducir en el presente número ninguno de los trabajos leídos, por estar éste ya en prensa en los momentos en que recibimos de Ginebra las primeras noticias del hecho.»

D. A. COURMES.

BIBLIOGRAFIA

Bajo la inteligente dirección del Sr. Matías Fernández Quinquela é impresa con nitidez y elegancia, acaba de hacer su aparición á la vida *La Reforma*, «Revista mensual de Religión, Educación y Ciencias Sociales».

Entra en la arena á combatir contra el sórdido materialismo que tanto camino lleva hecho entre nosotros y contra aquellos mercaderes que especulan con la ignorancia y la superstición humanas á las que fomentan, como fomentan la vanidad de los poderosos, comprendiendo bien que, sólo en unas y otra encontrarán el apoyo que les es necesario para mantener alguna influencia en la sociedad.

Deseamos al nuevo colega, cuyo programa trascribimos á continuación como su mejor elogio, fructuosa cosecha y larga vida.

DISEÑO

«Hay en la Patria Argentina una grandiosa obra que hacer, un progreso de carácter universal sobre la base de nuestro desenvolvimiento nacional. El Mundo contribuye á la vida de la Nación cumpliendo la ley de solidaridad y desde el seno de la autonomía patria tendrá necesariamente que nacer nueva luz, nueva fuerza, que retorne con multiplicada potencia, por nuestra acción, hácia las naciones que nos confían el depósito sagrado de la civilización.

«Para la obra gigante los materiales todos están ahí. Espléndido suelo, riquezas derramadas con mano pródiga por todo rincón del territorio; el espíritu humano trabajado en 19 siglos, viene á nosotros buscando nuevo espacio y nuevos tiempos para cumplir la Voluntad eterna del Bien, la Voluntad de Amor, el Verbo de Dios.

«Los hijos de esta tierra tienen tanta responsabilidad como grande es el fin que la Providencia se propone en ellos. No pueden permanecer indiferentes ante la herencia que se ha puesto entre sus manos. No pueden permanecer impasibles ante el Ideal que se les confía. Nosotros, más que otros, estamos obligados á fijar el rumbo y á marchar hacia la Verdad, en alas del Genio Nacional, con los sentimientos más altos, sentimientos dignos de esa Voluntad divina que pulsa las cuerdas del corazón, que fecunda la inteligencia é identifica la voluntad de los hombres con el amor de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello, con el Amor eterno de Dios.

«Debemos evocar en los tiempos que fueron, para los tiempos que en nosotros serán, lo que no tiene tiempo ni espacio; aquello que permanece inmutable en el cambio, uno en la variedad, permanente, eterno, idéntico á Sí Mismo. Debemos buscar la Roca de los siglos, manantial que brota de lo alto y que jamás se agota.

«Tenemos derecho á inquirir el origen, el principio de todo en todo; tenemos el deber de re-veer, de analizar, de estudiar, de conocer lo que pone ante nosotros para la obra nacional, la Providencia de Dios.

«No podemos sujetarnos á las fuerzas que vengan como vengan, nó. Para el genio que en este suelo tiene su cuna, se pide una nueva acción, un nuevo esfuerzo para el progreso universal, para el bien humano, y no se le sujetará al pasado porque su fin está en el porvenir. No podemos romper con las conquistas del bien, pero el Genio Argentino necesita nutrirse con nuevas conquistas dentro de ese mismo bien. No se nos puede presentar como obligatorio, ni las

tradiciones, ni las costumbres, ni molde alguno que se oponga á la intuición de nuestro propio ser como Nación. Nuestra patria es hija del pasado, es cierto; mas existe en el presente para ser madre en el porvenir. Tiene un fin como tiene todo sér, único, que no ha existido ni existirá en la historia, porque el Divino Autor jamás repite ni copia sus obras; es una morada más, destinada por la solidaridad á la armonía universal, sobre la base de su autonomía propia, autonomía sagrada porque es un producto de las leyes de Dios.

«Quizá el pueblo argentino haya olvidado en parte la responsabilidad de su propio destino y aceptado en nombre de lo que fué esas formas sin alma, cadáveres que aparecen viviendo porque tienen el arte de vampirizar la vitalidad de los pueblos y hacerla servir de alimento á la muerte. Quizá y sin quizá, sea necesario volver sobre hechos de impremeditación, gérmenes de graves complicaciones en el porvenir. Así lo creen muchos pensadores patriotas, que sienten y proclaman la necesidad urgente de reforma social.

«LA REFORMA es una consecuencia de ese pensamiento, que no ha de detenerse en los bajos niveles, sino que ha de procurar subir á la altura mayor de que sea capaz nuestro Génio Nacional, para conocer la Verdad en pura luz y propagarla en todo el país. A los que han visto la verdad no se les oculta el error, lo cual no impide que el error, en todas sus manifestaciones, sea denunciado al pueblo no tanto para llevar ataques exclusivos y pasionales, como para hacer más visible y evidente la verdad opuesta.

«Todos los sistemas del error son parodias de la verdad, moneda falsa que jamás puede llegar á igualar á la genuina y que una vez descubierta pierde el fingido valor. Toda imitación de la verdad y especialmente de verdad religiosa, es siempre descubierta, en mayor ó menor tiempo, por la clara intuición del espíritu humano. El pretendido valor desaparece bajo la loza del desprecio. Los hombres no podemos nutrir nuestra vida espiritual con parodias ni imitaciones, y por fuerte que sea el encanto de la mentira, jamás hubo sistema de error que no quedase relegado por el progreso al nivel de lo vil, de aquello que careciendo de vida en la Verdad, cae en la corrupción del cadáver, en la podredumbre y en la muerte.

«LA REFORMA indicará en cada caso los disfraces del error. Ha de recurrir invariablemente á las fuentes de la Verdad, sin someterse á partidos ni á sectas, fundando su obra en el Evangelio de Nuestro Señor y Salvador Jesu-Cristo, el cual ha de propagar entre el pueblo argentino como «el Camino, la Verdad y la Vida» de su potencia nacional.

«No son los cañones ni los ejércitos los que hacen grandes á los

pueblos, sino el espíritu que los anima, la enseñanza que beben en el hogar. No es cuestión de raza el poder nacional, es cuestión de educación. Los grandes pueblos del Norte deben su poder al Evangelio del Cristo, á la Sagrada Escritura, que en las manos y en el corazón de las madres encuentra el niño en el hogar. No aceptan á ciegos ni la religión, ni la constitución, ni la ley; quieren siempre ver por sí mismos; son prácticos aún en sus errores; no renuncian á su propia conciencia ni someten su razón á la dirección de sistemas cuya base es la obediencia ciega, á supuestas infabildades que corrompen por la mentira el alma de los pueblos.

«Es necesario que la Argentina comprenda que la cuestión religiosa es la gran cuestión nacional y que es un crimen de lesa patria el indiferentismo en materia tan trascendental. Es indispensable que los hombres pensadores resuelvan en este pueblo el problema de todos los pueblos; que vayan con valor al estudio de los males sociales buscando su raíz. «La Reforma» demostrará que no tendrá jamás la verdad en las instituciones ni la moral en las costumbres, mientras el fraude y el engaño estén sobre el altar».

«Muy triste sería que en la vida argentina, individual ó nacional, la mentira usurpara el trono de la verdad. Muy doloroso, por cierto que la astucia de la holgazanería abriera el sendero del suicidio moral, intelectual y físico».

«Si es grande el destino de la Argentina es grande también la acción que sus hijos han de ejecutar».

«Creemos llegado el momento histórico en que el pensamiento argentino cumplirá la misión que la Providencia le confía ante las naciones y ante Dios. Y en este nuevo siglo debemos esperar que la vida nacional manifieste su potencia y que otro año 10 traiga nuevas libertades á la conciencia argentina para que se manifieste el Genio de la Patria que, á través de los tiempos, expresa su voluntad, levantando elegidos, grandes hombres, que como Moreno, Rivadavia y los que continuaron su obra, señalan con grandes energías el sendero de esta Patria que iluminan con ideas de luz».

«¡Luz! la queremos y la luz será. Se levantará el odio de la tiniebla, la maldición y la blasfemia contra las libertades de los hijos de Dios; la hipocresía no olvidará jamás que es hija y discípula de la astuta serpiente, però el hombre redimido permanece ante su Dios y triunfará por su fé; no temerá el hijo de este suelo la presencia y la fuerza del Dios de su patria, ante el cual caerá la idolatría, ni esperará para la acción la pregunta bíblica: «¿Dónde estás?» No contestará: «Oí tu voz en el jardín y tuve miedo»... ¡no!»

«El miedo, la cobardía... «Maldita sea la tierra por tu causa» dijo al hombre del miedo y al cobarde la voz de Jehová».

table nitidez en esas páginas, que reputamos una de las mejores fuentes de información para los estudiantes.

En este concepto las recomendamos especialmente, aunque ello no quiera decir que su alto valor filosófico no las haga igualmente dignas de la lectura para todos los estudiosos.

Felicitemos a nuestro hermano por su brillante trabajo, que, con los demás debidos a su pluma, contribuye a reforzar la ya merecida fama de que goza como pensador en el mundo teosófico.

LA DIRECCIÓN